

RODOLFO RAGUCCI, S. S.

# Caminos de JUGLARÍA



SOCIEDAD EDITORA INTERNACIONAL  
ADOLFO BERRO 4050 BUENOS AIRES

1941



A d. Romeo Evans,  
afectuosamente.

Rodolfo Dr. Raguetti S. D.

Bernal, setiembre de 1950.

---

## Caminos de Juglaria

---





RODOLFO RAGUCCI, S. S.

# Caminos de JUGLARÍA

ROMANCERO DOMBOSCANO

Ilustró Héctor Barthalot



SOCIEDAD EDITORA INTERNACIONAL  
ADOLFO BERRO 4050  
BUENOS AIRES  
MCMXLI



1-377

---

Queda hecho el depósito  
que ordena la Ley 11.723

---

CON LAS DEBIDAS LICENCIAS

# A SAN JUAN BOSCO.

---

DULCÍSIMO PATRIARCA DE LOS SALESIANOS  
E HIJAS DE MARÍA AUXILIADORA  
PADRE AMANTÍSIMO Y ÁNGEL SOLÍCITO DE LA JUVENTUD,  
EN EL CENTENARIO DE LA PRIMERA DE SUS CREACIONES:  
EL ORATORIO FESTIVO

1841 - 1941



*Al Muy Reverendo Padre PEDRO RICALDONE*  
CUARTO SUCESOR DE DON BOSCO EN EL GOBIERNO UNIVERSAL  
DE SU OBRA



*Al Muy Reverendo Padre José REYNERI*  
SU ACTUAL REPRESENTANTE ENTRE NOSOTROS







## OFRENDA.

**P**ARA enaltecer de un Héroe  
las proezas seculares,  
todos los pueblos del orbe  
se han convocado a certamen;

certamen, donde porfían  
por los premios inmortales  
la admiración y el cariño  
de los pobres y los grandes;

certamen, donde por armas,  
que han de dirimir el lance,  
manejan los paladines  
divinas y humanas artes;

*certamen para tu gloria,  
oh SAN JUAN BOSCO, mi Padre,  
héroe en las lides fragosas  
de santidad inefable;*

*certamen para cantar  
de tus creaciones geniales  
la primera, que hoy se enjoya  
de opulencias seculares.*

*¡Cien años ya, que en los surcos  
de un erial el grano echaste,  
grano humilde en ruda gleba,  
que es hoy el árbol gigante,*

*que en el granito enraíza,  
y despliega su ramaje  
de vigor maravilloso  
a los vientos cardinales,*

*y, como cúpula inmensa,  
lleva su fronda a los aires,  
que es, por sus flores, portento  
de los jardines colgantes,*

*y es, por sus frutos melífluos,  
orgullo de los pomares,  
y es rey de los orfeones,  
por los cantos de sus aves!*

*Las gentes que han disfrutado  
de tu árbol las suavidades,  
de su sombra la frescura,  
su égida en los huracanes,*

para ensalzar tus finezas  
se han constituido en certamen  
y te ofrendan a porfía  
cariñosos homenajes:

guirnaldas, pompas, aplausos,  
filigranas musicales,  
procesiones, asambleas,  
regocijos populares,

epinicios, odas, lienzos,  
esmeraldas, bronces, mármoles,  
aras, templos... ¡desde Bequi  
al Gaurizáncar y al Andes!

¡Todos te brindan su ofrenda!  
¿Sólo yo sin ella, oh Padre?  
¡Ni pensarlo! Mira, mira  
la ofrenda de mis afanes:

mi riente sueño de niño  
forjado en tus santidades;  
estas flores recogidas  
de tu vida en los andares;

mis ROMANCES DOMBOSCANOS,  
que en paladino romance  
quieren decir con pureza  
de monteses manantiales

las divinas JUGLARIAS,  
con que a las almas llegaste,  
por las que ellas se te dieron  
como el hierro a los imanes;

*y tus nobles CLERECÍAS,  
que de apóstol indomable  
y redentor de las almas  
fueron tus heroicidades.*

*Al pie de tu altar depongo  
las brozas de estos romances.*

*Que tu mirar milagroso  
las trueque en vivos rosales,*

*que se pueblen de áureas rosas  
de amor a tu nombre, oh Padre,  
de fe en tu gran poderío  
y de ardor en imitarte.*

*Sólo un galardón espero:  
que tu sonrisa declare  
que te agradan estas rimas  
de mis amores filiales.*

*Y si me tienes por uno,  
el último, de los vates  
que con su ofrenda concurren  
al universal certamen*

*del excelso CENTENARIO  
de tus lauros iniciales,  
¡seré feliz cual ninguno!  
¡Tu cantor! ¡Qué dicha, oh Padre!*

Bernal, Setiembre de 1941.

II. Plegaria de la Asunción.

—¡VIERAIS la flor peregrina  
que en Bequi nos ha nacido!  
Concentra encantos de rosa,  
jazmín, clavel, nardo y lirio.  
Y es violeta en ocultarse  
de su follaje en lo umbrío;  
mas, en balde, porque exhala  
perfume tan exquisito,  
que de bien lejos denuncia  
de sus primores el sitio,  
hecho rey de los jardines.  
¡Idos a verla, aldeanitos,  
y diréis si es peregrina  
la flor que nos ha nacido!—

De esta guisa habla una anciana,  
con gesto gozoso y vivo,  
al corro de rapazuelos  
con que topa en el camino.  
Y ellos inquietan curiosos  
más noticias del prodigo,  
siguiendo a la viejecita,  
que, mientras anda, a los chicos  
así responde, enhebrando  
de la rota charla el hilo:

—¡Cuál no ha de ser peregrina  
la flor que nos ha nacido  
si dicen que es un presente  
llegado del cielo mismo!

—Del cielo?

—Sí, y de la Virgen,  
para más claro decirlo.

—Pues ¿cómo?

—Otra vez María,  
Madre del Verbo Divino,  
¿no gozó de su Asunción  
anteayer el regocijo?  
Y mientras pleito homenaje  
le rinde todo el Empíreo,  
de la tierra llanto y preces  
llegan de Madre a su oído:  
piedad le ruegan del mundo  
por los negros extravíos,  
remedio a la perdición  
de tantos ingratos hijos.

Y Ella, que es Madre, y tal Madre  
obró entonces lo inaudito:  
de sobre el pecho desprende  
una flor de raro hechizo  
y, arrojándola al espacio,  
“¡Allá va mi patrocinio!”,  
exclama la Virgen buena,  
y en sus maternos suspiros  
alas le presta a la flor...  
Era el instante preciso  
en que el sol aquí se hundía  
tras los picachos alpinos.

¡Cuánto debió la viajera  
volar desde el paraíso,  
cruzando de astros y de astros  
los espacios infinitos,  
para llegar a estas brumas  
en que los hombres vivimos!



Y andando, andando sin tregua,  
pues tan largo es el camino,  
apenas ayer, de agosto  
dieciséis, la flor-prodigio  
llegó a la tierra.. ¡Y fué Bequi  
el huerto favorecido!



—Pues decid, doña Teresa:  
¿de nuestro Bequi en qué sitio?

—En el campito de Bosco.

—¡Cómo! ¡En tan pobre cortijo?

—Sí, pobres de haber terreno  
son Margarita y Francisco;

mas de cristianas virtudes  
no sé si hay otros más ricos.  
Y hoy les cayó la riqueza  
de inefable regocijo,  
que a veces Dios premiar suele  
con misteriosos designios.

—¡Vamos a verlo en seguida!  
—Y veréis que es cual lo digo:  
flor de la Virgen sagrada,  
que, con su aroma exquisito  
hará felices y buenos  
a los grandes y a los chicos.  
Id; adiós.

—Con Dios quedad,  
que allá vamos ahora mismo.—

\* \* \*

Y el grupo de rapazuelos,  
como bandada de mirlos,  
más que corrieron, volaron  
de Bosco al pobre cortijo,  
por ver la flor peregrina  
que en Bequi les ha nacido.



## 2. La flor de Bequi.

POR LAS feraces laderas  
trepa de Bequi el villorrio,  
que ha trocado su humildad  
con lujos de aquel agosto.

Lujo son vaquitas y aves,  
las verduras de cien tonos  
y los negreantes viñedos,  
que han de ser cantos de otoño.

¡Ved cuál escala el collado  
de rapaces un manojo,  
el cristal de sus gargantas  
poniendo en las mieses de oro!...

Del puñado de alquerías,  
con la novedad absortos,  
a ventanas y portales  
van asomando colonos.

Y poner gesto es en vano,  
que a los invasores sólo  
les interesa llegar  
al cortijo de los Boscos,  
cortijo amplio que atalaya

desde cuanto tiene en torno  
hasta las vegas y alturas,  
que alcanzan a ver los ojos  
albeando de caseríos,  
más allá de Castelnuovo.

Y ya están los rapazuelos  
ante la meta, y en coro  
—¡Ah de la casa!— repiten  
dando alas al alboroto,  
hasta que a la puerta asoma  
robusto muchacho, Antonio,  
preguntando: —¿Qué buscáis?—  
con aire de calabozo.  
—Queremos ver —le contestan—  
la flor que el cielo a vosotros  
os ha enviado ayer.

—Aquí  
no hay flor — refunfuña el hoscc.  
—Sí que la hay: la tía Teresa,  
que no gasta broma o dolo,  
bien nos lo ha dicho. Sé bueno:  
déjanosla ver, Antonio.—

Y Antonio vuelta a negar,  
y a afirmar los otros todos,  
e indicios hay que en tormenta  
ya va a parar el coloquio,  
cuando aparece del amo  
don Francisco el grave rostro.  
Y él, de todo ya enterado,

—Venid —les dice amistoso;—  
 que si a descifrar no alcanza  
 habla simbólica Antonio,  
 yo sé de cuál flor os dijo  
 la amable abuela del soto.  
 Venid, mas de Margarita  
 no interrumpáis el reposo.—



Y los lleva a un aposento  
 pobre y limpio como un oro,  
 y, señalando una cuna,  
 prosigue en alegre tono:

—Mirad la flor que buscáis,  
 que es de mi choza el tesoro.  
 Flor al templo la llevamos (1)  
 hoy mismo, ofrenda al Dios pródigo,  
 y Él de celestial rocío

(1) San Juan Bosco, nacido el 16 de agosto de 1815, fué bautizado el dia siguiente 17. Sus padres fueron Francisco y Margarita Occhiena; sus hermanos, Antonio y José

la regaló con los ósculos  
y nos la volvió trocada  
en un angelito hermoso.  
Ved: parece que a miraros  
sonriente abriera los ojos  
y con las tiernas manitas  
su saludo os diera a todos.—

Y los aldeanos se apiñan  
de aquella cunita en torno,  
y no logran reprimir  
mil expresiones de asombro.

¿No se pusiera él soberbio  
si entendiese los piropos?  
—¡Ay, qué lindo está el infante!  
—¡Qué ojuelos tiene más monos!  
—¡Qué dedos de terciopelo!  
—¡Si será gallardo el mozo!  
—Y si será imán el suyo  
para causar tanto arrobo!  
—¡Ah, en verdad, doña Teresa  
bien nos pintaba al pimpollo!  
—Y ¿cómo le llamarán,  
don Francisco, a este retoño?  
—Los padrinos le han llamado  
Juanito Melchor ha poco.  
—¡Pues, que largos años viva  
dichoso Juanito Bosco,  
dando a esta casa y a Bequi  
noble orgullo y alborozo!—

Y en su lenguaje infantil  
 tejiéndole ingenuos votos,  
 y otra vez mirando al ángel  
 con mirar plácido y hondo,  
 dejando fué la casona  
 de rapaces el manojo.

E, impresionados, la cuesta  
 iban bajando de modo  
 que entonces a los portales  
 no asomaron los colonos  
 del puñado de alquerías.

Iban andando juiciosos  
 y quedo alguno decía:  
 —¿Quién sabe de entre nosotros  
 lo que al correr de los años  
 podrá ser Juanito Bosco?—

Y diz que acaso el más niño  
 respondió con raro aplomo:  
 —Para mí, cierto, será,  
 y veréis si me equivoco,  
 algo extraordinario: así  
 como caudillo o apóstol.—

\* \* \*

¡Oh, las campanas que entonces,  
 tal vez de alborear glorioso,  
 hablasteis a las aldeas  
 de los opuestos contornos,  
 mientras las sombras echaban  
 sobre el collado su toldo!

Ya en el llano los rapaces,  
por última vez los ojos  
a la altura dirigieron,  
y se llenaron de asombro  
con lo que vieron entonces:  
pues les pareció que un foco,  
para alumbrarles la senda  
con potentes haces de oro,  
en gesto augural surgía  
del cortijo de los Boscos.



### 3. La canción de Margarita.

¡QUÉ FELIZ está la madre  
por su Juanito Melchor!  
En el alma la ventura  
le canta linda canción,  
que se le asoma a los labios  
como divino dulzor.

Tan feliz está la madre  
por lo que hace un rato oyó,  
que la casa le parece  
se le ha inundado de sol,  
cual si hubiera entrado en ella  
algun heraldo de Dios.

¡Y habrán todos de saber  
de su dicha la razón:  
desde su esposo Francisco  
que fué al campo a la labor;  
desde la abuela y los chicos  
Pepe y Antón, y los dos  
mozos que con ellos parten  
los afanes del terrón,  
hasta el último vecino  
de las granjas de alredor!

¡Ah! Ya le han visto en los ojos  
 de su cielo el tornasol,  
 y le dicen: —Margarita,  
 ¡qué contenta que estás hoy!  
 —Pues ¡toma! ¡para no estarlo,  
 si de meses mi ambición  
 hora acabo de lograr!  
 —¿Y es?

—Que a mi hijito menor  
 le he escuchado balbucir  
 su primera ansiada voz.

—Pues ¡vaya!... Mas, verdad, esto  
 para una madre es fruición.

—¿Y sabéis la voz primera  
 de mi angelito de Dios?

—Tu nombre.

—Nó? ¡El de su padre?

—Nó, y por eso feliz soy.

¡María! fué el verbo augusto  
 que primero balbució;  
 ¡María! ¡El nombre bendito  
 de la Madre del Señor!

¡Ah, y ese nombre los labios  
 de mi niño consagró,  
 y ese nombre en labios tiernos  
 es perenne bendición!

¡Oh! ¡Quién sabe a cuántas almas  
 de este siglo pecador  
 bendiciones de María  
 dirá mi niño desde hoy,  
 hecho de la Virgen buena  
 apostolito precoz!

Ella y él ¿no irán de ahora  
inseparables los dos?—



Y hablando así Margarita  
a todos los de alredor,  
parece que les cantara  
de su alma linda canción,  
que se le asoma a los labios  
como divino dulzor,  
mientras su casa parece  
se le ha inundado de sol  
y de los labios del niño,  
que la Virgen consagró,  
fluyendo están para el mundo  
las bendiciones de Dios.

#### 4. Roble abatido.

¡AY, EL ROBLE que el embate  
del rayo afronta indiscreto!

De la besana Francisco  
todo sudoroso ha vuelto,  
y se entrega a los halagos  
de airecillo traicionero,  
que con fatal neumonía  
tumba al incauto en el lecho.

¡Triste el roble que su copa  
ha expuesto del rayo al fuego!

Todo se prueba en la casa  
para aliviar al enfermo.  
De su vera Margarita  
ya no se aparta un momento;  
la abuela ansiosa aconseja;  
Antonio va por remedios,  
mientras juegan inconscientes  
—¿qué entenderán?— los pequeños.

Y el mal no cede. Por horas  
los síntomas son más serios,  
y el propio Francisco advierte

que es ya vano todo empeño,  
y entonces —que es buen cristiano—  
requiere en tono resuelto  
que llamen al señor Cura,  
que ahora lo que importa es eso.

\* \* \*

Poco después se llegaba  
el sacerdote a su lecho,  
y con él Cristo acudía  
para abrazar a su siervo,  
para alentarlo y guiarlo  
de la eternidad al puerto.

\* \* \*

Tras el clérigo, se vuelve  
la procesión de labriegos,  
y cuando ya no se escuchan  
preces ni campanilleo,  
Francisco, que, aunque se muera,  
como un justo está sereno,  
así le habla a Margarita,  
que sola le está asistiendo  
y cruel martirio en el alma  
soportando en su silencio:  
—Por mí, mujer, no te apenes,  
que ya morirme no temo  
cuando a darme Jesús vino  
la prenda del triunfo eterno;  
con Él me voy, Margarita.  
Cuídame a los que aquí dejo;  
cuídame a la madre anciana;  
cuídame a los hijos tiernos,

y de los tres, sobre todo,  
mi Juanito te encomiendo.

—No temas— ella responde  
con entrecortado acento—,  
no temas; serán, como antes,  
tus anhelos mis anhelos;  
y doble amor, el de entrabmos,  
tendré de hoy más para ellos.

—¡Oh, qué feliz, buena esposa,  
con tu promesa me siento!...  
Llámalos... Voy a partir...  
y antes, bendecirlos quiero.—

Va a caer el roble herido  
del rayo al embate ciego,  
y mientras cae, generoso  
aun su sombra está ofreciendo.



## 5. Orfandad.

FRANCISCO ha muerto. Está claro  
que sus paisanos le quieren.  
Su partir tan imprevisto  
¡cómo consterná a la gente,



que a darle el postre saludo,  
entre suspiros y preces,  
llega al fúnebre aposento!  
¡Cómo de las frases breves,  
del varón íntegro y manso  
el bello elogio trasciende!  
¡Cómo a la viuda abnegada  
y a sus hijos compadecen!

Vedla sola con Juanito.  
Cuando se alejan los huéspedes,  
ella le dice al chicuelo,  
que dos años aun no tiene,  
—Vamos, hijo, —y de la mano  
fuera llevárselo quiere.  
Y él le contesta resuelto:  
—Nó, que si papá no viene,  
yo tampoco voy.

—*Tu padre?*  
¡Ay, triste! ¡Ya no lo tienes!—  
Y en esto la que hasta entonces  
quiso ser la mujer fuerte,  
rompe en los agrios sollozos  
que contener ya no puede  
ante el querido difunto,  
que los deja para siempre,  
y ante el precoz huérfanito,  
que dos años aun no tiene  
y echa a llorar porque el llanto  
de la dulce madre siente,  
mas de su triste orfandad  
el infortunio no advierte.

A viva fuerza la madre  
al niño llevarse debe,  
al niño, que, de su vida  
cual primer recuerdo, siempre  
oirá la frase: “*Tu padre?*  
¡Ay, triste! ¡Ya no lo tienes!”

## 6. El primer libro.

TRES años apenas tiene,  
y va Juanito a la escuela.  
Mas ¿cómo, tan pobre, iría  
a la escuela de la aldea?  
¡Y haría tanto camino,  
si ha empezado a andar apenas?

¡Ah, ni los ricos más ricos  
soñaron mejor escuela!

¡Y qué suerte le ha cabido  
en dar con una maestra  
que, si en cartillas del hombre  
jamás ha aprendido letras,  
¡en el libro más sublime  
sabe leer y al niño enseña!

Libro, do mano divina  
puso cláusulas de estrellas  
y en tintas de amaneceres  
iluminó sus viñetas;  
libro que esmalta sus hojas  
con el oro de las eras,  
la esmeralda de los prados  
y mil tembladoras perlas,

y el iris, puente que envía  
la paz de Dios a la tierra;  
libro que dulces gorjeares  
de las avecillas llenan,  
y susurros de las frondas  
y charlas de las acequias;  
¡libro sabio, antiguo, inmenso:  
el de la Naturaleza!

Allí divinos renglones  
al chiquitín embelesan,  
y en luces le enjoya el alma  
cada voz que deletrea.

Allí de Dios y del mundo  
le resuelve ya problemas  
la didáctica inefable  
de inigualada maestra.

¡Dichoso el niño que ha hallado  
la luz de tan alta escuela,  
y en su madre Margarita,  
que jamás aprendió letras  
en cartillas de los hombres,  
la mejor de las maestras,  
y la mejor de las aulas  
en las rodillas maternas!

¿Cuándo los ricos más ricos  
soñaron mejor escuela?

## 7. Bucólica.

EN LA PAZ de los alcores  
va mediando la mañana,  
que al sol de junio enamora  
con su cortejo de galas.



De Bequi en la suave cuesta  
de verdores afelpada  
se descubren dos vaquitas  
que están paciendo a sus anchas.

Sus pastores son dos niños  
que de los siete no pasan.  
Se han encontrado hace un rato  
y hora como amigos hablan.

Junto al claro caminito  
y a la sombra de unas plantas,  
se han sentado a descansar  
y los zurrones descargan.

Juanito Bosco es el uno;  
el otro, Segundo Matta.  
Aquél pan blanco ha sacado;  
sólo pan negro éste saca.

A Juanito, que lo advierte,  
súbita pena lo embarga,  
y con interés al otro  
le ruega que lo complazca.

—De mil amores— Segundo  
contesta; —¿quéquieres que haga?  
—Que ese pan me des, y en cambio  
yo te cedo el de mi casa.  
—Pero y ¿por qué?

—Porque el tuyo  
es más sabroso y me agrada.  
Y más amigos seremos  
si con el trueque me halagas.—

Y el chiquitín del pan negro,  
que por el blanco se abrasha,  
condeciende, del amigo  
prestando fe a las palabras.

Y a Bosco le sabe a gloria  
la burda morena hogaza,  
cuando ve que su pan blanco  
es la delicia de Matta.

¡Égloga serena y dulce  
de precoz piedad cristiana,  
preludio de la epopeya  
de un conquistador de almas!

¡Qué mucho que la aplaudieran,  
desde las frondosas ramas,  
de jilguerillos curiosos  
la bullanguera bandada?

¡Oh, los frutos que recoge  
la maestra humilde y sabia!  
Si lo supiera, ¡del hijo  
cómo se sintiera ufana!



## 8. Gajes del mester: una corona.

**A**JUANITO le agrada entretenese con el juego arriesgado de la bola. ¡Qué hábil se muestra en fabricarla él mismo redondeando zoquetes de la poda!

Vedlo listo en la liza, bola en alto,  
"¡Bola va!" previniendo, y ya la arroja  
al adversario, que es José su hermano  
o algún pilluelo de vecina choza.

¡Cuál la devuelve con certero golpe!  
¡Cuán ágil en el aire la recobra  
antes que en tierra dé! ¡Y con qué alegría  
a menudo proclama su victoria!

Mas ¡ay! un día se tornó a la madre,  
sangrando el rostro y la cabeza rota.

—¡No ves, al fin —la pobre le decía  
al vendarle—, no ves con qué corona  
te me han premiado hoy tus travesuras?  
¡Y has de hacer algo así todas las horas!...  
¿Por qué vas con aquellos rapazuelos?  
¡No ves cuál te han tratado?

—No hubo sombra  
de culpa en ellos: el bastón les falla  
y en mi cabeza viene a dar la bola.  
—Sí, sí; pero entretanto, siempre vuelves,  
si no como hoy, hecha un jirón la ropa.

¡No vayas más con ellos!

— Pero, madre,  
¿no ve usted que conmigo si retozan,  
son más buenos, no irritan al vecino,  
ni riñen ya, ni sueltan palabrotas?

— ¡No, no vayas!

— Mamá, si usted lo ordena,  
no iré. Pero y entonces ¿quién los doma  
a los rapaces que a mi lado vienen  
y ya, por complacerme, no alborotan? —



A tal instancia, contrariar temiendo  
de su hijito la empresa redentora,  
así, entre buena y cautelosa, falla:

— ¡Ay! Ya lo sé: tu cabecita rota  
más de una vez vendrá por enfermera.  
Guárdete Dios de mal. Vé en buena hora. —

Y con su venda el niño sonreía,  
más dichoso que un rey con su corona.

## 9. Por el ideal.

ES EL VEINTICUATRO. Al punto  
que en la colina amanece,  
el menor de los tres Boscos,  
que ya ha cumplido los nueve,  
su lío echado a la espalda,  
la árida cuesta desciende.

Y anda de prisa el muchacho,  
porque es invierno, y como ese  
pocos inviernos recuerda  
de los contornos la gente.

Llegó ese invierno muy crudo:  
¡Qué hoscos los cielos parecen  
con sus monótonos nimbos  
de incertidumbre perenne!

Y un día, viento y más viento;  
y otro día, nieve y nieve;  
y de pronto, trueno y rayo;  
y luego, llueve que llueve,  
convirtiendo los caminos  
en fangales y torrentes.  
¡Verdad que el invierno es crudo,  
como lo afirma la gente!

Pues, todas las mañanitas,  
no bien en Bequi amanece,  
soplen los vientos que quieran,  
los cielos nieven o truenen,  
como anunciando un diluvio,  
y desaten sus torrentes,  
el menor de los tres Boscos,  
con el abrigo que puede,  
anda el camino que lleva  
hasta Capriglio, y no es breve.

¡Y sabéis por qué no hay nada  
que al valiente niño arredre?  
Es que al fin, para ese invierno  
ha logrado que le acuerde  
la escuelita de Capriglio  
un asiento, y ¡cómo puede  
no irse a aprender lo que tantos  
años hace aprender quiere?

Por eso ya nadie extraña  
que a Juanito no le arredren  
ni el lodo de los caminos,  
ni los fríos que entumecen,  
ni el temporal que rebrama,  
ni las barreras de nieve,  
que sus anhelos de ciencia  
son la hoguera que disuelve  
los rigores del invierno  
más crudo que vió la gente.

## ro. Subyugador.

CON ANUENCIA de la madre,  
como tregua a las labores,  
si sonríe el sol, Juanito  
las vecindades recorre.

Y así, en breve, palmo a palmo  
nadie como él las conoce.

No hay senda que se le oculte,  
ni yerbezuela que ignore;

ni altozanos, ni praderas,  
ni regajales, ni flores,  
ni insectos, ni pajarillos  
que no llame por sus nombres.

Y vecino no hay tampoco  
que las sanas aficiones  
del hijo de Margarita  
a los suyos no pregone.

\* \* \*

Y ¡cuántas veces tras él  
sale, y trepa, y salta, y corre  
turba infantil, que los aires  
hinche de alegres clamores!

Le siguen, cual soldaditos  
a un capitán de renombre.  
¡Y es de ver cómo al de Bequi  
todos sumisos responden!

Si él manda asaltar la cuesta,  
allá van como un solo hombre;  
y el lugar se puebla de ecos,  
si al eco jugar propone.



Y a veces un alto ordena  
y que en la hierba reposen,  
y tal vez los tiene absortos  
con un cuentecillo entonces.

Y si acaso los sorprende  
la campana del tramonte,  
todos con piedad ingenua  
repiten las oraciones

con que el niño, cual si fuese  
del lugar el sacerdote,  
honra a la Virgen y Reina,  
que es la flor de sus amores.

Y después tornan contentos,  
como no es fácil que tornen  
los veteranos gloriosos  
de un capitán de renombre



## II. Ruiſeñores y niños.

¿QUÉ HABRÁ pasado,  
que ha vuelto triste a la casona el niño?

Leyóle algo en los ojos Margarita,  
pues le inquierte en su afán:

— ¡Qué tienes, hijo? —  
Y el rapaz, que a la madre nada esconde  
en el hermoso corazón sencillo:  
— ¡Ay! —le contesta— ¡y no vió usted mi empeño  
de unos días acá, más que prolijo,  
en construir la jaula más hermosa  
de cuantas hasta ahora he construído?  
— ¡Verdad! ¡Y qué?

— Que yo la reservaba  
para unos pajarillos  
que iban a ser de esta morada el cielo.  
En el primer recodo del camino,  
de un boj entre las ramas, la otra tarde  
alcancé a ver su nido,  
jun nido de preciosos ruiſeñores!  
Quise hacerlos de pronto mis cautivos;  
mas los vi tan menudos  
que habría sido delito  
así privarlos del sostén materno...  
Los tenía por míos,  
y traerlos pensaba  
el día en que los viese más crecidos.  
A aquella tarde, hecha una gloria el alma,  
a la casona se volvió este niño.

Mi recuerdo y mis ojos cada día  
muchas veces volviéronse a aquel nido,  
arca de mi tesoro...

Y esta tarde, mamá, lo no previsto  
acaba de ocurrir... ¡Qué horror!...

tu relato, hijo mío.

—Prosigue

—Desde cierta distancia, embelesado  
espiaba yo, entre brezos escondido,  
cómo la amante madre a sus pichones  
alimentaba entre el vivaz bullicio  
y aleteos con que se disputaban  
las preferencias del materno instinto,  
cuando un monstruo con alas, como un rayo  
se abalanzó desde un moral vecino,  
y en el grupo de tiernos ruiseñores  
voraz cebóse con horrendo pico.  
Este es el hecho, madre...

—¡Ah, Juan! ¡Y no te he dicho  
que no te apegues a mortales cosas?  
Su ausencia o extravío  
es garra cruel, que el corazón desangra.

—Su lección no la olvido;  
mas no es esa la causa de mi pena,  
sino que, yo no sé por cuál motivo,  
me pareció que aquellos ruiseñores  
eran almitas de infelices niños,  
y aquella ave monstruosa,  
el malhadado genio del abismo...

Y en esto yo pensaba, madre mía:  
en cómo defender mis amiguitos  
contra el vicio traidor, porque yo siento  
que Dios me quiere salvador de niños,  
y, ante el temor de no poder lograrlo,  
por esos niños temo y me contristo...

—¡Ah, te entiendo ya bien! ¡Que Dios realice  
ese ideal magnánimo, hijo mío!—

Y al niño apóstol abrazó la madre,  
y lo besó en la frente, y lo bendijo...

Y, cual si entonces columbrara el triunfo  
de sus anhelos, sonreía el niño...



## 12. Velada de otoño.

ERA una noche, a principios  
de la faena otoñal.

Fuera bramidos de trueno,  
del cierzo el silbo minaz,  
de algún relámpago el brillo,  
anuncian que todo está  
bajo el horror de la guerra  
que desata el huracán.

Dentro, de una vieja lámpara  
a la débil claridad,  
termino casi en silencio  
se da a la cena frugal.

Tan quedo hablan, que parece  
que sólo pensando están:  
— ¿Qué será de los viñedos?...  
— Del sembrado, ¿qué será?...  
— ¡Quizá después, el granizo!...  
— Y después, ¡ay Dios!, quizás...

Ya más de una vez los chicos  
se han asomado al cristal,

donde a la lluvia, que arrecia,  
le ha dado por tamborear,

y les alumbró algún lampo  
la descolorida faz,  
en sus labios descubriendo  
los temblores del rezar.



Pero, al fin, al fin parece  
que amaina la tempestad  
y que sus truenos y rayos  
más alejándose van.

Sólo, monótona y triste,  
cae la lluvia pertinaz,  
que en el cristal empañado  
no deja de tamborear;  
y tal vez por los resquicios  
se cuela un soplo glacial.

Se han ido agrupando todos  
en derredor del hogar,  
y Pepe, al fin, zalamero,  
dice: —Abuela, ¿nos dirá  
un lindo cuento?—

Y Juanito  
apoya: —¡Un cuento, verdad!—  
Y ella: —¡No están para cuentos  
las noches de Barrabás!  
—Entonces —replica Pepe,—  
¡que narre su sueño Juan!  
—¡Qué sueño?

—El que tuvo anoche  
y que a mí me contó ya.  
—¡Será una tontería!

—Oídlo,  
que es muy curioso, en verdad.  
—Cuente, pues, el señorito—  
dijo en su sorna habitual  
hasta Antón.

Se resistía  
a abrir la boca el rapaz.  
Pero lo pidió su madre,  
y así se puso a contar:

\* \* \*

“*Pues, soñé que junto a casa,  
esparcida en llano inmenso,  
jugaba en diversos grupos  
turba enorme de chicuelos.*

*¡Ay! De pronto una blasfemia  
percibo en el clamoreo.*

*Salté como leche hervida  
y, de los gritos y gestos  
pasando a puñadas, quise  
castigar a los blasfemos.*

*Mas súbito adelantóse  
un Varón de noble aspecto,  
de níveo manto vestido  
y en tal resplandor envuelto,  
que me dejó deslumbrado.*

*Me llamó, y a los chicuelos  
me ordenó que gobernase,  
y añadió: —Será tu empeño  
trocártelos en amigos;  
pero corrige tu yerro:  
nada de gritos y golpes,  
sino trato dulce, ameno.*

*Vé en seguida a adoctrinarlos:  
díles del vicio lo feo  
y, en cambio, de la virtud  
cuán soberano es el precio.  
—Pero, Señor— dije entonces,  
—¿cómo queréis que hable de eso  
un niño ignorante y rudo  
como yo?—*

*En aquel momento  
cesó el tumulto de pronto.  
Los muchachos se reunieron  
en torno de aquel Señor;  
y yo continué diciendo:  
—¿Quién sois vos, que me ordenáis  
lo imposible?*

—Pues, por ello,  
porque imposible lo juzgas,  
lo harás; yo te doy los medios:  
con obediencia y saber  
podrás posible volverlo.

—¿Saber? ¿Y para estudiar  
cómo consigo dinero?  
—Yo te daré la Maestra  
que te hará sabio y discreto.

*Sin Ella no hay en el mundo  
sabio que no acabe en necio.*

—Mas ¿quién sois vos, que así habláis?  
—Pues, Yo soy el Unigénito  
de Aquella a quien cada día  
tres veces alzas tu ruego,  
como te enseñó tu madre.

—Lo que ella me impuso es esto:  
que nunca hablar sin su venia  
con desconocidos debo.

*Pues decidme vuestro nombre.*

—¿Mi nombre? ¿Quieres saberlo?  
Pregúntaselo a mi Madre.—

*A su lado entonces veo  
una imponente Matrona  
inundada en luz de cielo.*

*Turbado Ella al verme, amable  
—Vén— me dice, y con afecto  
asiéndome de la mano  
y el campo de los pilluelos  
señalando, —¡Mira!— añade:*

*Y yo miro, y ¡oh portento!,  
ya pilluelos no descubro,  
sino manadas de perros,  
cabras, lobos, tigres, hienas...*

—*Ese es tu campo; lo entrego  
a tu actividad*—replica;  
*sé robusto, humilde y bueno,*  
*y esto que hora con las fieras*  
*va a acaecer, es lo que quiero*  
*que realices tú en las almas*  
*de los niños, que al infierno*  
*van rodando, ¡pobres hijos!*  
¡Mira, Juan!—

*Los ojos vuelvo,  
y al punto, en lugar de fieras,  
mansos corderillos veo,  
que en torno a los dos señores  
balan y trisan contentos.*

*Rompo aquí a llorar, pues nada  
de cuanto miro comprendo,  
y a la singular Señora  
que me lo aclare le ruego,  
y Ella benigna responde:*  
—*Ya entenderás a su tiempo.*—

*Casi en seguida la escena  
se desvanece, y despierto.*

*Trastornado y dolorido  
por buen espacio me quedo.  
Golpes que di y recibí  
aun en rostro y manos siento.*

*Dormirme luego intenté;  
no fué posible: el deseo  
de interpretar cuanto viera  
fué avivando mi desvelo,  
e insomne me halló la aurora...  
¿Os ha agradado mi sueño?"*

A la pregunta, José  
contesta: —Sí. Claro está.  
¿No viste que nadie ha osado,  
mientras narrabas, chistar?

—Si es así, ¿no me diréis  
qué de este sueño pensáis?

—La cosa es clara — interviene  
de nuevo Pepe; —serás  
de numerosos ganados,  
si nó dueño, buen guardián.

—Nó —corrige Margarita,  
—para mí indica quizá  
que has de ser de almas pastor.

—¡Qué! — exclama Anton. —¡Voto a tal!  
¿no será que de bandidos  
lo hemos de ver capitán? —

Y su cuarto a espadas echa  
la abuela, con gravedad  
sentenciando: —Fe a los sueños  
nunca se debe prestar. —

\* \* \*

Todos callan. Aun la lluvia  
cayendo va pertinaz,  
y tal vez por los resquicios  
se cuela un soplo glacial...

—Ya es tarde— dice la madre;  
—¡a rezar, y a descansar!—

Poco después a su lecho  
se retira cada cual,  
y reina al fin en la casa  
el misterio de la paz.

Juanito se va acostando  
mientras piensa qué será  
lo de su sueño...: los chicos...;  
el Señor de porte real...;  
la Señora, que le dijo:  
“*A su tiempo entenderás*”...

Y ya no entiende Juanito,  
porque durmiéndose va,  
mientras monótona fuera  
cae la lluvia pertinaz,  
que en los techos y cristales  
no deja de tamborear...  
Y aun entra por los resquicios  
silbando un soplo glacial...

## 13. ¿Vuelven los juglares?

¿QUÉ OCURRE en el prado?  
¡No es aquella una turba?  
—Sí, chiquillos, y mozos, y viejos.  
—¡Y a qué han ido? ¡Por qué tanta bulla?  
¡Qué habrá que se apiñan?  
Y ahora aplauden, ¡no escuchas?  
—Ay, Antonio, tú solo lo ignoras!  
¡Juglar ya tenemos, juglar de alta alcurnia,  
que a chicos y grandes  
con sus artes y hablares embruja!  
Es bien raro prodigo;  
los más viejos declaran que nunca  
como él vieron otro.  
¡Qué juglar a estos pagos envió la fortuna!  
—Y al fin ¡qué es lo que hace ese bicho  
que tanto os subyuga?  
—¡Ah! ¡Qué hace? ¡Lo vieras!  
—¡Por ejemplo?...  
—La cuerda que anuda  
desde un árbol bien tensa a otro árbol,  
a dos metros de altura...  
—¡Y...?  
—Portentos sus manos realizan  
de un salto al asirla: columpia  
su cuerpo en mil formas:  
ya una rueda en el aire dibuja;  
ya, de uno o dos pies suspendido,  
con los brazos abajo se impulsa.  
Y hay que verlo después por la cuerda,  
cuál por senda espaciosa y segura,

caminando, danzando y brincando,  
como sostenido por manos ocultas.

—¡Caramba!

—Otras veces, las manos en tierra  
y los pies en alto, largo trecho ambula...

Mas también tiene tales cosillas  
que los pelos, vamos, se ponen de punta.  
Son tan misteriosas  
que uno, al verlas, duda  
si es posible que un hombre las haga,  
que parecen de magos o brujas.



—¡Hola, amigo! ¡Alerta  
con tu juglar! ¡Y una?

—Varias: trueca en licor la simple agua;  
de una sola moneda hace muchas.

—¡Qué gracia! ¡Más chicas?

—Y aun así, fuera hazaña mayúscula  
que en seguida las haga; e iguales  
son a la primera toditas las suyas...

—No le han visto todos tragarse un escudo  
y extraerlo del pie por la punta?

—Y matar ante todos un gallo

y, después que unas voces extrañas pronuncia,  
devolverle la vida y soltarlo  
más vivo que nunca?

— ¡Es posible?

— Estos ojos lo han visto  
con el sol que a los dos nos alumbría.

— ¡Y quién es ese hombre o demonio?

— No es un hombre; es imberbe criatura;  
no es demonio, es un ángel,  
que lo que hizo luego, el diablo no usa.

— ¡Y qué es lo que hizo?

— Con un gesto gentil que subyuga,  
invitar a alternar con sus juegos  
el rosario santo de la Virgen pulcra,  
y hasta, para pasmo del concurso todo,  
el sermón que en la misa oyó al Cura  
endilgó enterito.

Ya imagino las burlas.

— ¡Burlas dices? Respeto doquiera.

Y cuando el discurso terminó, la turba  
prorrumpió en aplausos y en bravos y vivas.

Y él, sonriente, las pruebas reanuda.

¡Y quién sabe qué nuevas hazañas  
ahora mismo ejecuta!

Pero escucha el eco que de allá nos llega.  
Es del canto que hora con piedad modula  
al Ángel Custodio todo aquel gentío.

¡Juglarcito de Dios, cómo triunfas!

— Y parece que aquello termina.

Se disuelve la junta.

Forman coros diversos.

— Comentan

los prodigios que han visto sin duda.

Mira, Antonio, aquel grupo de chicos

que arrojan alegres la gorra a la altura

y entre aclamaciones, como a rey triunfante,  
al impar juglarcito circundan.

Lo verás, que hacia aquí se encaminan...

— ¡Cómo arrecia a bulla!...

Pero, díme... Y aquel ¡no es Juanito?  
 ¡Si debía ser él el granuja!  
 Ya lo dije un día que de bandoleros  
 capitán iba a ser por ventura!  
 ¡Eso y hazmerreír de la gente  
 nuestro hogar honrado para siempre encumbran!  
 — ¡Ay, Antonio! ¡Cuán mal tú le quieras!  
 Sí, aquel es Juanito, tu hermano; y tu injusta  
 prevención lo zahiere y contrista.  
 Todos tu dureza saben y repudian.  
 — ¡Cómo todos meten su hoz en mies ajena!  
 ¿Quién les da derecho sobre mi conducta?  
 — ¡Y no piensas que acaso designios  
 soberanos de Dios dificultas?  
 No lo irrites a Dios!...

—Calla, calla.

—Si ese niño estudia...  
 —¡Déjese de estudios! Señoritos sobran.  
 Si la azada empuña,  
 él también de estos años tan malos  
 luchará contra tanta penuria.  
 —Si te opones a Dios, teme, Antonio,  
 que coseches angustias.  
 Cuando suena el reloj de sus planes,  
 monte no hay que estorbarlos presuma:  
 se alza el dedo divino, y el monte  
 desparece por siempre en la hondura.—



La infantil algazara se acerca.  
 Ya Antonio las graves razones no escucha.  
 ¡Jamás él asistiera a aquel triunfo  
 de un rey de bandidos! Recio refunfuña  
 y de prisa se aleja; mas siempre  
 el clamor de la gente menuda  
 a su oído llega y le encona el alma:  
 “¡Dios un juglarcito nos envió de alcurnia!

“¡Juglarcito, que a chicos y grandes  
divierte y embruja,  
cual no le hay a cien leguas en torno,  
cual ni los más viejos conocieron nunca  
“aguende ni allende los Alpes!  
“¡Viva el juglarcito de artes taumaturgas!”

\* \* \*

Y aquel niño, ¿piensa que entonces fundaba,  
en la gloria del sol que lo inunda,  
su primer Oratorio Festivo?

\* \* \*

“¿Qué será este muchacho?” murmurran  
en su corro los hombres...

Y en tanto su madre, con las manos juntas,  
“¡Dios mío!” musita. “¿Será que ya quieres  
“que aquel sueño del prado se cumpla?”



## 14. Divino florecer.

¡QUÉ radiante aquella Pascua  
de marzo del veintiséis,  
que pidió a la primavera  
glorias de su amanecer!  
Pero más bello que toda  
terrenal esplendidez  
fué, aquel día, de una almita  
el divino florecer.

\* \* \*

La iglesia de Castelnuovo  
se ha convertido en joyel.  
Un niño está arrodillado  
del altar mayor al pie.  
Parece el niño tan ángel,  
que de ángeles un tropel  
no cesan de contemplarlo  
y darle su parabién.

Ya ha ofrecido el sacerdote,  
cual nuevo Melquisedec,  
el pan y el vino. Ya el templo  
oye el *Gloria!* de Belén.  
Y un Belén el alma hermosa  
ya va a ser del niño aquel,  
pues Jesús sonriente a ella

se dispone a descender.  
 ¡Ah, leed de esos ojitos  
 los anhelos, si sabéis!  
 Los latidos de su pecho  
 rezan: "¡Dios!... ¡Mi Vida!... ¡Vén!"

Y Jesús baja a abrazarse  
 con el niño montañés,  
 y los ángeles la envidia  
 ya no logran contener.  
 Y, acercándose a Juanito,  
 —que, abrazado con su Bien,  
 ya no vive en esta tierra,  
 ya mortal criatura no es;  
 que ya es templo, altar, sagrario,  
 copón, viril, imán, red  
 del Amor de sus amores  
 y hasta su hechizante Edén,—  
 lo regalan con sus besos,  
 blandos como aura en la mies,  
 y del coloquio de entrambos  
 frases logran sorprender:

—¡Siempre vuestro!... ¡Vida mía!...  
 —¡Yo contigo!...

—Me veréis  
 morir por las almas... ¡Sólo  
 vuestra gloria!...

—Yo te haré  
 mi apóstol... ¡La Cruz!... No temas...  
 —¡Ah! ¡Vuestra Madre también?...  
 —Tu auxilio...

—¡Gracias, mi Amor!

*¡Siempre juntitos los tres!...*

Sólo Jesús y la Virgen,  
y los ángeles tal vez,  
supieron de aquel milagro  
de divino florecer...

Pero también Margarita  
algo sin duda entrevé  
en su Juan, que sigue absorto  
en la celeste embriaguez;  
y feliz por sus mejillas  
siente lágrimas correr,  
mientras barrunta el encanto  
del recóndito vergel.

Y ruega a Dios que a su niño,  
de aquella primera vez  
le perpetúe el milagro  
de divino florecer.

Y, como nunca, repican,  
cual si dijeran: "*¡Amén!*",  
las campanas de la Pascua  
de marzo del veintiséis!

*¡Ah! ¡Y no sería un presagio  
de aquel áureo florecer  
de la impar Pascua romana (1)  
de una centuria después?*

---

(1) Se alude a la solemnisima Canonización de Don Bosco,  
realizada por voluntad de Su Santidad el Papa Pío XI, en  
el día de Pascua (1.º de abril) del Año Santo de la Reden-  
sión, 1934.

## 15. Albores de esperanza.

Es ABRIL. Un día de oro  
va ya veloz declinando,  
y la gente que ha ido al pueblo  
a su hogar vuelve los pasos.

Es gente que al templo ha ido,  
hasta de sitios lejanos,  
a oír los sabios sermones  
de misionero afamado.

Con ella va don Calosso,  
el capellán de Muriel,do,  
que de su bastón se ayuda,  
por achacoso y anciano.

Le ha sorprendido en el grupo  
la presencia de un muchacho,  
que, aunque parece no lerdo,  
aun la lengua no ha soltado.

Tanto ese porte le asombra,  
que resuelve al fin llamarlo:  
—¡Hola, chico! Vénte. ¿Has ido  
tú también al templo acaso?

—Sí, señor; los dos sermones  
escuché con sumo agrado.

—¡Y qué tal? ¡Pescaste mucho?  
No tanto, sin duda, cuanto  
en los que oirás a tu padre.



—Mi padre ha muerto hace años.  
De mi madre los sermones,  
a la verdad, no son malos;  
pero los del señor Cura  
me agradan más, y a escucharlos  
voy siempre, y creo entenderlos.  
—¡Y los de hoy?

—También.

—¡Sí? Si algo  
de ellos me repites, tuya  
será esta moneda, vamos.

—Sin ésta, igual... ¿Del primero,  
o del segundo, o de ambos  
quiere que hable?

—De cualquiera.  
Basta que me digas cuatro  
palabras.

—Bueno.—

Y el niño,  
que apenas cuenta diez años,  
rompe a hablar; enuncia el tema  
y, del exordio empezando,  
ya no pára. Uno tras otro,  
fielmente todos los párrafos,  
con las voces y los giros  
del orador va enhebrando,  
y en ellos pone alma ardiente  
y hasta de gesto su garbo.

Del primer punto al segundo  
entra con resuelto paso.  
Ya hará como media hora  
desde que hablar ha empezado  
y apenas toca el tercero.  
No acierta a creer el anciano  
lo que oye y ve; de su asombro  
también participan cuantos,  
de otros sitios, no conocen  
al niño ni otros milagros  
de su ingenio y su memoria... .

Así prosiguen andando,  
y cuando el buen don Calosso,  
que se dirige a Murielso,

debe tomar otro rumbo,  
 a duras penas su llanto  
 de conmoción contenido,  
 con el niño aparte un rato  
 se entretiene: le interesa  
 sin demora interrogarlo:  
 —¿Cómo te llamas, querido?  
 —Juan Bosco. Nací en el alto  
 de Bequi.

—¿De Bequi? ¡Y mucho  
 en la escuela te enseñaron?  
 —¡La escuela!... Fuí de un invierno  
 sólo tres meses escasos.  
 —Qué iba a aprender? Leer apenas  
 y escribir dos garabatos.  
 —¡Y a tu madre no le agrada  
 que estudies?

—Dios sabe cuánto  
 lo quisiera; pero ¿cómo?  
 ¡Son estos años tan magros!  
 Es pobre y viuda. Además...  
 —¿Qué además?

—Hay otro obstáculo...  
 —Dílo, pues.

—Se opone Antonio.  
 —¿Y Antonio quién es?

—Mi hermano  
 mayor.

—¿Pues por qué se opone?  
 —Porque dice que al trabajo  
 como él, dedicarme debo,

y no al estudio, regalo  
de ricos y de holgazanes.

—¡Y a ti te agradara?

—Blanco  
de mis ansias siempre ha sido,  
y no he de tener descanso  
si a sacerdote no llego;  
y sin estudio...

—¡Acabáramos!

¡Anhelas ser sacerdote!

¡Y por qué apuntas tan alto?

—Porque así podré acercarme  
a tantos pobres muchachos,  
que ignoran que tienen alma,  
y enseñárselo... ¡y amarlos!...  
—¡Bien, hijo! ¡Y si yo te diera  
algunas lecciones?

—Tanto  
no merezco.

—Es que yo en ello  
tuviéra indecible agrado.

—¡Ah, entonces yo no hallaría  
con qué pagarle aquí abajo!...  
Mas, en vano: contra Antonio  
es chocar contra un peñasco.

—Pues para el peñasco, peor:  
ha de saltar en pedazos.

Dí a tu madre que mañana  
vaya contigo a Murialdo...

Fía en Dios, hijo... No olvides  
que en mi rectoral te aguardo.—

Del piadoso viejecito  
asíó entonces Juan la mano  
y de gratitud en ella  
estampó el beso más cálido,  
y cuál se alejaba luego  
quedó un buen rato mirando,  
y hasta vió que a poco andar  
se volvía a saludarlo.

¡Qué sacerdote tan bueno  
que hablar con él se ha dignado!  
Él también, si a serlo llega,  
ha de imitar al anciano:  
será el amigo de todos,  
pero más, de los muchachos.

Y ahora, a alcanzar a los otros,  
que van delante a buen paso.

\*\*\*

Va entrando la noche. El cielo  
se va enjoyelando de astros,  
y en el alma de Juanito,  
de púrpuras y topacios  
parece que a despuntar  
va una aurora de milagro:  
del santo sol de sus ansias  
le han hablado los heraldos.

## 16. Luces y sombras.

¿QUÉ HORAS de más cielo para el buen Don Calosso  
que las que cada día le brinda el tierno alumno?  
Y este no encuentra ahora placer que así le atraiga  
como con tal maestro consagrarse al estudio.

Mal rostro le pusieron los primeros latines,  
pero a amistad su ingenio bien pronto los redujo,  
y tanto, que el anciano, con el raro progreso  
de Juanito, se siente lleno de noble orgullo.

"Este niño es portento de mente y de memoria",  
exclama luego, cuando por él pregunta alguno;  
"a este andar, muy en breve no sabré qué enseñarle,  
ni habrá para él un día misterios en el mundo"...

Padre amoroso es uno; hijo amoroso el otro.  
En el sabio maestro Juan descansa seguro;  
a su amor le ha entregado el corazón entero  
con sus goces y penas, ideales e impulsos.

Y así el niño, en virtudes avanza al par que en letras.  
Ya en los libros sagrados bebe dulzores puros;  
la oración es su encanto, y con el Pan del Cielo,  
más aun que el cuerpo, crece su espíritu robusto.

Por eso el viejecito capellán de Murialdo  
mansas horas de cielo vive junto a su alumno,

y este las suyas vive en hacerlo dichoso,  
dócil a sus lecciones de virtud y de estudio.

\* \* \*

Pero ¡ay! se anubló un día tan plácida ventura.  
Nunca la bienandanza vive en la tierra mucho.  
En inútil espera pasó un día el anciano.  
Para ambos aquel día ¡qué triste y hosco estuvo!

“*Por qué tarda Juanito? ¿Qué ocurre, que no llega?*”...  
¡Ah, es el rudo hermanastro, que se pone sañudo!  
“*Dejarse de latines! ¡Cómo! ¡El, sudar el hópo!*  
¡*Y el gandul con sus libros!... ¡Que eso termine al punto!*”

Nada de Margarita valen ya las razones:  
Antonio se ha emperrado y, de furor convulso,  
rompe libros, cuadernos... Y, en bien de la armonía,  
la madre a Juan ordena que suspenda el estudio.

“*No desmayes*”, le exhorta; “*si Dios en ti, hijo mío,*  
*fijó los dulces ojos para que fueses stryo,*  
*suyo serás al cabo, aunque el infierno todo*  
*contra ti de sus iras desencadene el cúmulo*”.

\* \* \*

¡Cuánta aflicción ahora para el buen Don Calosso,  
que así trabadas mira las alas de su alumno!  
¡Cuánta aflicción de hijo, para el niño que sabe  
lo que al anciano apena el hermanastro duro!





## II. PEREGRINO Y GANÁN

### 17. ¡Solo, a la ventura!

ERA el invierno del año  
mil ochocientos veintiocho.

Acababa de asomar  
el sol de nube entre embozos.

“¡Adiós, hijo!”, en el silencio  
gritó una voz con ahogo.  
“¡Adiós, madre!”, otra lejana  
respondió como un sollozo.

A unos dos tiros de piedra  
de la casa de los Boscos,  
a la vera de la calle,  
hecho un viernes santo el rostro,  
se ha parado Margarita,  
la izquierda sobre los ojos,  
como para ver más claro  
hasta el confín más remoto,  
y en la derecha el pañuelo  
del *buen viaje y buen retorno!*

Allí mismo hace ya un rato,  
de la cuesta en el recodo,  
la madre estrechó a Juanito

en nudo largo, angustioso,  
y estampó en su frente un beso  
que era de la madre todo  
el corazón, que enraizarse  
anhelaba en su tesoro...

Ya hace tiempo que le sigue  
con su mirar fijo y hondo...  
¡Pobre hijito, que va al mundo,  
inocente, débil, solo;  
cordero que lana y sangre  
va a dejar en los abrojos,  
y acaso también el alma  
en las fauces de algún lobo!...  
¡Y ella lo hizo!... ¡Por que huyera  
del hijastro los enconos!  
(Que ya con sus cinco lustros  
bien se está en sus trece Antonio).

Allá va con paso lento,  
echado su lío al hombro,  
sin pensar si aquella noche  
ha de dormir, dónde y cómo.  
Y la mañana está cruda:  
el viento sopla furioso  
en los álamos, que sueltan  
sobre el viajero sus copos.

Pero el niño no repara  
del tiempo en estos enojos;  
le hiela el alma otro invierno:  
de su hogar el abandono.

Muchas veces ya a la madre  
el niño ha tornado el rostro,  
y le repitió el adiós  
con el ademán nervioso,  
y en la punta de los dedos  
le tiró de allá sus ósculos,  
y con la palma en bocina



su adiós postrer desde el soto,  
donde se embosca el sendero,  
le grita roto en sollozos.

Y ella suspira: "¡Dios mío,  
no lo dejes ir tan solo!  
¡Oh Virgen, sé tú la madre  
del que quiere ser tu apóstol,  
y haz que nunca de su vera  
se aparte su Ángel Custodio!"

Y a casa se vuelve, y cree  
que aun de su alma ven los ojos  
a su Juan, que marcha y marcha  
con el lío echado al hombro,  
con sus apenas doce años,  
e inexperto, y triste, y solo,  
para que tal vez lo tilden  
de vagabundo y vicioso...

“¡Ah! ¡y por la tarde un mendrugo  
le negará algún colono?  
¡Y le negarán de noche  
un pajar para el reposo?...  
¡Pobre mi Juan!... ¡Dios lo guíe  
por esos mundos de lodo!...  
¡Ay, Antonio, lo que has hecho!  
¡Dios no te lo cuente, Antonio!”



## 18. Como Jacob.

BIEN cara la preeminencia  
le fué saliendo a Jacob:  
Esaú le iba buscando,  
loco de angustia y furor.

Mas de su madre Rebeca  
la ternura lo salvó,  
encaminándolo a Oriente,  
de Labán a la mansión.

Ya lejos, de andar rendido,  
cuando se ponía el sol,  
a dormir cabe el sendero  
el peregrino se echó.

Y mostróle Dios entonces,  
en misteriosa visión,  
en las rutas del futuro  
de su casa el esplendor.

Allí en Betel alzó un ara  
a su Dios de Sabaot,  
y después a Harán, su meta,  
tras rudas marchas llegó.

Y Dios a Labán bendijo  
porque acogiera a Jacob;  
y a Jacob le dió riquezas,  
hijos, rebaños, honor.

Y a la casa de sus padres  
seguro al fin lo volvió,  
tendiendo siempre a sus plantas  
alfombra de bendición.

\*\*\*

¡Oh casita que te sientas  
de Bequi en el suave alcor,  
casita que también viste  
un Esaú y un Jacob!

Aquel es el fiero Antonio,  
testarudo mozallón;  
este, su hermano Juanito,  
bueno como el pan de Dios.

Aquel a este persigue  
porque a cumbres aspiró.  
Mas este tiene una madre  
buena cual la de Jacob.

Más aún: son dos Rebekas  
las que a Juan le dió el Señor:  
la que llaman Margarita,  
que es de su tierra blasón;

y la Virgen, que en un sueño  
cual madre y guía admiró,  
y al fin es la flor más linda  
de la estirpe de Jacob.

Y ellas al niño libraron  
del hermanastro feroz,  
enviándolo a tierra extraña;  
donde encuentre pan y amor.

¡Y él también no verá acaso,  
en misteriosa visión,  
en las rutas del futuro  
sus glorias, como Jacob?

¡Y como este no será  
en casa ajena pastor,  
y por él la casa ajena,  
privilegiada de Dios?

¡Y quién sabe si este niño  
un altar de adoración,  
o quizá muchos, un día  
no alzará, como Jacob?

¡Y si Dios no le da entonces  
soberano galardón  
de riquezas inefables,  
de inmensa estirpe de honor,  
tendiendo siempre a sus plantas  
alfombra de bendición,  
como a rey de voluntades,  
y feliz, como Jacob?...

\* \* \*

¡Oh casita que te sientas  
de Bequi en el suave alcor,  
casita que un día quedaste  
muerta sin él de aflicción!  
¡No te alumbrarán un día  
todas las glorias del sol  
cuando a ti tornar le veas  
triunfante como Jacob?

## 19. ¿Vago o mendigo?

¿ADÓNDE va el tierno niño  
por la nieve de esa calle  
larga, angosta y bordeada  
de esqueléticos morales?

En el menguado atadito  
que de su antebrazo cae  
lleva de vestir dos prendas  
dos libritos y... usted pare  
de contar; son los haberres  
con que de su tierra sale  
y del mundo va a enfrentar  
ignotas necesidades.

Salió del alto de Bequi;  
pero adónde va no sabe.  
No sabe si en ese día  
al paso le saldrá el hambre.

¡Y por qué no pidió asilo  
en más próximos lugares,  
donde le estiman, le quieren  
y sus virtudes aplauden?

¡Y por qué no fué a Murielado,  
donde los brazos de un padre  
para estrecharle hallaría,  
cuál no hallará en otra parte?

¡Ah! Es que no debe ponerse  
del hermanastro al alcance;  
por eso ya anda muy lejos,  
donde no conoce a nadie.

Por eso va el pobre niño  
por desconocidas calles  
y entre gentes que le ponen  
poco acogedor semblante.

Así Jacob, perseguido  
por rencores fraternales,  
en suelo extraño —aunque, es cierto,  
más feliz—, pidió hospedaje.

Ya, humilde, a algún transeúnte  
se ha animado a preguntarle  
por si criadillo alguien busca  
en aquellas vecindades.

Ya ha llamado a alguna puerta,  
que se abrió para cerrársele,  
y hasta alguno a sus instancias  
ha respondido desaires.

Ya hasta con lágrimas ruega  
que cualquier cosa le manden,

ora vil, ora pesada,  
que aun trabajará de balde.

¡Ah! ¡Quién fiará en un muchacho  
que esconde acaso un pillastre,  
y que se ofrece a servir  
sin que lo presente nadie,  
y que tal vez de la casa  
lo echaron los propios padres  
o él mismo huyó, no en verdad  
por santito? ¡Quién lo sabe!...

\* \* \*

¡Pobre niño, que anda y anda...  
y piensa en la dulce madre...  
que a ganar la vida envióle  
la empresa viendo tan fácil!...

Pero ¡y no olvidó Juanito  
lo que ella para esos trances  
le encareció? ¡Virgen buena,  
si lo olvidó, perdonadle!

Jacob, en Jehová confiaba,  
según le enseñó la madre,  
y del largo exilio un día  
volvió opulento a sus lares.

¡También Juanito a la Virgen  
ha de confiar sus afanes,  
y Ella al regazo materno  
con dicha sabrá tornarle!

## 20. El cáliz del ensueño.

**D**EL villorrio de Serra, aquella noche, le brindaron albergue unos labriegos.

Compasivos, le dieron de su cena, y del henil en un rincón le hicieron con dos mantas un lecho. ¡Pobre gente, más no tenían!...

Y bendijo al Cielo el muchacho, que aquello no esperaba. Allí, al abrigo del helado cierzo, podrá esperar del alba los clarores, y después... ¡de la vida los senderos nuevamente a explorar!...

Los de la casa las buenas noches con piedad le dieron, y solito quedó. Pensó en su madre, madre sin par, y en el hermano bueno..., y en el otro también. A Dios pidióle que lo volviera a humanos sentimientos. Luego, cual siempre, recordó a su padre y a la abuelita, sus queridos muertos...

Mas también por sí mismo orar decide, y, puesto de rodillas sobre el heno, de la Virgen tomando la medalla, que pende, como escudo, de su cuello y que los cirios de su amor alumbran en tanta oscuridad, ora muy quedo:

¡Oh Virgen poderosa  
y Madre buena, como ninguna!  
¡Madre de amor, mi Madre  
hoy más que nunca,  
hoy que de la terrena  
me tiene lejos la desventura,  
como a Jacob un día  
llama iracunda!

¡Dame de amante Madre,  
dame tu ayuda  
hoy que ando por el mundo  
tan niño y débil, solo y sin ruta!

¡Ah! ¡No eres la que un día  
virtud robusta  
y humildad me impusiste  
para ganarte las fieras turbas?

¡Querrás entonces, Madre,  
que me sacudan  
el dolor, e infortunio,  
y hambre, y repulsa,  
y fiebres, y agonías,  
para que mi alma se haga robusta?...

¡Querrás que me haga humilde,  
de humildad suma,  
saliendo a los caminos,  
como un mendigo que implora ayuda,  
y en bajos menesteres  
sustento busca  
y hasta en el aire infecto  
de los establos, de las zahurdas?

Pues, si eso tú le pides  
a esta criatura,

para que así te pruebe  
que para amarte nada la asusta,

¡caigan sobre ella todas  
las desventuras,  
y del infierno bramen  
todas las furias!

¡Verás cuánto te quiero,  
Virgen augusta,  
sufriendo lo que quieras,  
aunque sucumba!



Bastará que yo sepa  
que en lo más crudo de mis angustias  
Tú marchas a mi lado;  
Madre amorosa como ninguna,  
que así veré trocadas  
en dulces mieles mis amarguras  
y en claros mediodías  
mis grises brumas.

¡Tú serás la Maestra  
—tu Hijo lo quiere—, que me conduzca!  
¡Tú serás mi esperanza,  
vida y dulzura!...

Calló Juanito, y, como si quisiera  
poner de mártir a su ofrenda un sello,  
acermando a los labios la medalla,  
del alma estampó en ella largo beso.  
Y se acostó a dormir.

Durmióse al cabo.

Y vió a la Virgen descender del cielo  
con la ofrenda de mártir, que trocaba,  
para sí misma, en ciclo de luceros,  
y, para él, en milagroso cáliz...

Y vió que él, Juan, con sacro paramento,  
iba elevando el cáliz milagroso,  
mientras un pueblo juvenil inmenso,  
prosternado a sus pies, con entusiasmo  
cantaba: "*Tu es Sacerdos in aeternum!*"...  
¡él, sacerdote!... La emoción intensa  
lo despertó del delicioso sueño.

\* \* \*

Ya asomaba la luz de la alborada.  
Y agradeciendo Juan a los labriegos  
la pobreza cordial del hospedaje,  
que les pagara Dios con año bueno,  
ja los caminos se lanzó del mundo,  
lides fragosas a afrontar resuelto  
bajo el pendón materno de María,  
que señalaba el triunfo de su anhelo!

¿Qué era el acíbar de la vida entera,  
por un sorbo del cáliz de su ensueño?

## 21. La bendición de la granja.

Dos años ya han corrido  
desde que Bosco, tras jornada lóbrega,  
llegó exhausto de fuerzas  
a la granja de Moglia.

\* \* \*

Media la tarde.  
Desde una loma,  
don Luis, el amo, su heredad contempla  
y le dice a su esposa:

—¿Viste acaso otra vez más riente el campo?  
La viña es una gloria.  
Todo prenuncia  
que año tendremos de las vacas gordas.  
—Es verdad— le responde Dorotea;—  
divina bendición aquí desborda...  
—Y sabes qué he pensado, ante esto, muchas veces?  
—¿Qué pensó la patrona?  
—Que nuestras tierras  
son una joya  
desde que a ellas aquel chico vino,  
aquel que allá va ahora,  
con este sol que tuesta, guiando el carro.  
—¡Cómo! ¡Juanito? ¡Tanta fué su obra?  
—¡Ah, Luis! ¡No adviertes  
que su virtud y su oración provocan  
la divina bondad? En nuestra casa,  
desde que él vino, más todos oran  
y más cristianos somos.  
Por él nos premia Dios: clara es la cosa.

—¡Sabes que es tu ocurrencia  
digna de un pensador? Mal no razonas.

—¡Y quién iba a pensarlo! ¡No recuerdas  
cuando, hace ya dos años, casi a la hora  
de anochecer, el pobre te pedía  
un sitio aquí?

—¡Qué escena la que evocas!  
Yo le decía que nō; que era ya invierno,  
cuando el trajín decrece y los gañanes sobran...  
Aun le veo exclamar: “¡De aquí no salgo!

Y no me importa  
no me deis nada; ¡serviré de balde!”

Y mientras llora,  
se mezcla con los otros que trabajan,  
los sarmientos juntando de la poda.

—Bendigo al Cielo  
porque entonces, rendida a la congoja,  
intercedí por él. Dios nos lo enviaba.  
La camita y la sopa  
que tú le diste, en un sinfín de bienes  
ya el Señor devolviólas.

—Sí: fué el niño un tesoro; no hay tarea  
difícil para él; nada le postra:  
limpia el establo, cuida las vacas,  
vendimia, cava, poda,  
y ordeña, y siega, y trilla  
a sol y a sombra.

—Y guarda y entretiene a nuestros niños,  
narrándoles historias  
y hablándoles de Dios, y así, con juegos,  
que con plegarias mezcla, los mejora.

—¡Y qué arte el suyo  
para acabar rencillas y camorras!

—Donde está Juan, ¿quién habla obscenidades?

—Ni el viejo se desboca.

—Cuando le observo rezando absorto,  
su devoción me arroba...

Por él, de Dios y de su Madre augusta

nos acordamos ya cuando sonora  
llega la voz del viejo campanario.

—Y en verdad, ellos, por nuestras loas  
estas tierras convierten en fragantes  
fiestas de bodas.

—¡Cuántos este ángel nos envidian! ¡Cuántos  
se lo llevaran luego a su demora!

—Ah, con razón las madres muchas veces,  
cuando infantil capricho las enoja,  
a sus chicos les dicen:

“¡Juan lo sabrá!”, o: “Bosco así no obra”...!

—Y no has pensado nunca  
que el Cielo a grandes cosas  
destina a ese muchacho?

—Te aseguro  
que aflicción, y no poca,  
sintiera el día en que decir lo oyese:  
“¡Adiós, amo! Me voy de su casona”.  
—Pues yo presiento  
que eso no ha de tardar...—

El llanto corta  
la voz de Dorotea. ¡Si ni el hombre  
la emoción dominar del todo logra!...

\* \* \*

Muy lentamente,  
tras breve pausa, bajan de la loma,  
y mudos, pensativos,  
se internan en la paz de la casona,  
mientras Juanito en el confín del campo  
guía su carro bajo un sol que postra.

## 22. Amigo predilecto.

LAS riendas en una mano,  
en la otra un libro abierto,  
va Juanito a la besana  
la yunta fiel conduciendo.

De entre sus muchos amigos,  
el libro es el predilecto,  
y uno tiene que le diera  
Don Calosso, de recuerdo.  
Con él traba sus coloquios  
en los retazos de tiempo,  
y aun trabajando, si acaso  
no descuida así el empleo.

A veces en pleno campo,  
del sol al rayo severo,  
de su vaca está a la sombra  
acurrucado leyendo.

Cuando finan las labores  
en las veladas de invierno,  
Juanito estudia que estudia  
su libro de tipos viejos.

Y, para estudiar, las horas  
¡cuántas veces hurta al sueño!

¡Y cuántas, cuántas madruga  
leyendo al albor primero!

\* \* \*

Es la tarde de un domingo.  
Llueve tenaz. Silba el viento...  
Esa tarde a juglarías  
de Juan no irán los pilluelos.



El viento y la lluvia a todos  
los tienen metidos dentro.  
Corros hacen los de Moglia,  
mezclados mozos y viejos.

A unos cobija el tinglado;  
otros se arriman al fuego.  
Juanito, en cambio, ha elegido  
un lugar medio repuesto.

Quiénes los naipes barajan,  
quiénes comentan sucesos;

Juanito dale que dale,  
sus latines repitiendo.

Por allí, de pronto, pasa  
una hermanita del dueño  
y —¡Hola! ¿Qué hace el ermitaño?—  
exclama, a Juan descubriendo.

—Pues, ¿no ve?— y le enseña el libro—  
me divierto: estudio, leo.

—¿Estudias?... ¿Y por qué estudias?

—Estudio porque yo debo  
ser sacerdote algún día.

—¿Tú, sacerdote? ¿Va en serio?

—Pues ¿por qué no?

—Pero, chico,  
¿sabes lo que cuesta eso:  
los varios miles de liras  
para libros y maestros?

—¡Vaya si sé!

—Pues, desiste;  
renuncia a tan lindo sueño.

—Sueño que han de ver cumplido  
los que vivan.

—Será, pero...—

Y, meneando la cabeza,  
se va la hermana del dueño.

Y Juan, como secundando  
designios altos del cielo,  
de nuevo estudia que estudia  
su libro de tipos viejos.

\* \* \*

Desde entonces, muchas veces,  
le dice don Luis, el dueño,  
por Teresa ya enterado,  
a su menudo labriego:

—Hoy, Juan, te quedas en casa,  
que no es tarde de ajetreo.—

Y el rapaz volaba al libro,  
como a su grano el jilguero;  
al libro aquel que le diera  
Don Calosso, de recuerdo;  
al libro de sus latines,  
al libro de tipos viejos.



## 23. El retorno.

¿Lo has pensado bien, Juanito?  
¿En volverte a Bequi insistes?—

Así dicen los de Moglia  
a su vaquero, y lo dicen  
en tono tal, que la pena  
disimular no consiguen.

Juan, con todos sus haberres,  
que en breve atado consisten,  
sombbrero en mano, a la puerta  
ha salido a despedirse,  
y a lo que hablado le han ellos,  
ha contestado muy triste:

—Nó, no me voy, buenos amos,  
porque disgustos me obliguen;  
que hallé en vosotros dos padres,  
y hermanos buenos me disteis  
en vuestros hijos. ¡Ah, cuánto,  
creed, el partir me aflige!  
Pero ¡Dios, Dios ante todo!  
Y si Dios hoy me sonríe,  
mandando al tío Miguel  
que a los estudios me invite,

¡no fuera rehusarlo ofensa?

¡No habría de arrepentirme?...

Sacerdote Dios me quiere,  
y si Él quiere, no hay repique.

¡Adiós, y que Él retribuya  
todo el amor que me disteis!

—Si eso está de Dios, amén.

Vé, si Él te llama, a servirle;  
mas no te olvides de Moglia;  
de su casa no te olvides,  
donde encontraste dos padres  
para lo hijo que tú fuiste,  
donde siempre tu recuerdo  
vivirá, por más que emigres.—

Y rompe a andar el muchacho,  
cabizbajo, mudo y triste.

Cuandoatrás vuelve los ojos,  
mira que a la puerta siguen  
los de Moglia y con la mano  
parece que le bendicen,  
y que pronuncian su nombre,  
y que sollozos percibe.

¡Que eso es amor, más que aprecio,  
decirlo pueden clarines,  
y que quien tal puede en almas  
es de alcurnia de adalides!

## 24. Vía Crucis.

Va en la casa paterna pensando Bosco...  
¿Será el fin del vía crucis?  
Cuando su madre, en breve, desde allá arriba  
acaso lo columbre,

¡con qué extremos de fiesta saldrá a su encuentro  
para el abrazo dulce!  
¿Qué le dirá a la madre, para que goce,  
cuando ella le pregunte?...

¡Pobre Juan, que no sabe que todavía  
no acaba su vía crucis!  
Mas sabe que es dichoso quien con Cristo  
¡hasta el Calvario sube!...

La madre ya lo ha visto —ella, tan madre—  
y en instintivo empuje  
va a correr... Mas, de pronto ve cuál de Antonio  
la fiera estampa surge,

y ella, tan madre; pero, mujer tan fuerte,  
va a fingir acritudes,  
y le grita de lejos al hijo amado:  
“¡Véte! ¡Esta paz no enturbies!”

¡Pobre Juan! Está visto: Dios ha dispuesto  
que siga su vía crucis...

Mas, después del Calvario, ¡también con Cristo  
a la gloria se sube!

\*\*\*

Miguel, hermano bueno de Margarita,  
cual mediador acude;  
él costeará los gastos que sean precisos  
por que el sobrino estudie.

Mas ¡ay! en el camino Juan topa siempre  
con mil vicisitudes,  
y en el cielo las iras del terco Antonio  
apiñan torvas nubes.

Y siempre Juan confía en Dios, y aguarda  
el fin de su vía crucis.  
¿Será el fin? Don Calosso, desde Murialdo,  
¿no le enseña otra lumbre?



## 25. Maestro y padre.

¡Qué gozoso está el anciano  
con la vuelta de aquel hijo!  
¡Qué largas le hizo las horas  
aquel dilatado exilio!

El cielo ha vuelto a la casa,  
con el alumno querido,  
que es vida, gloria y orgullo  
del piadoso viejecito.

Para que no tenga Antonio  
de oposición más motivo  
José, el otro hermano, el bueno,  
generoso se ha ofrecido,

a duplicar sus faenas,  
tomando las de Juanito;  
que él, como su madre, quiere  
que llegue al altar el chico.

Y el chico se va a Murialdo,  
y el capellán viejecito  
se olvida de sus achaques  
en maestro convertido.

¡Cómo adelanta su alumno!  
¡Cómo asimila los libros!  
¡Ese niño es de memoria  
e inteligencia un prodigo!

Y ¡qué hermosa alma la suya  
con sus encantos de lirio!  
Horas a su lado, son  
preludio del paraíso.

Por eso se le hacen largas  
al piadoso viejecito  
las horas en las que lejos  
está de su casa el chico.



Y por eso, en tales horas  
alguno le ha sorprendido  
hablándole así al ausente  
cual si estuviera allí mismo:

*“¿Por qué, Juanito, mi pensamiento  
de ti no puedo nunca apartar,  
ya a solas me halle, ya acompañado?  
¿Por qué será?”*

*“No bien despierto con la alborada  
y oigo el concierto matutinal  
que a Dios dedican aves que alegres*

*por mi ventana pasando van;  
también yo envío mi voz al cielo,  
juntas las manos y el alma en paz;  
y a ti en seguida mi mente vuela.*

*¿Por qué será?*

*“¿Por qué me alegra tu compañía,  
cual tus ausencias pesar me dan?”*

*“¿Por qué te escucho con toda el alma  
si las lecciones vienes a dar?”*

*“¿Por qué es mi gloria ver que en cien juegos  
a tanto amigo recreando estás,  
y, al ver tu dicha, soy más dichoso?”*

*¿Por qué será?*

*“Cuando no vienes, y no te veo,  
tengo horas largas de soledad,  
y “¿Estará enfermo?” me digo triste,  
“¡Pobre Juanito, sufre quizás!”,  
y, aguijoneado por grises dudas,  
al templo acudo y ante el altar  
por ti a Dios pido salud y dichas.*

*¿Por qué será?*

*“¿Por qué en la noche, cuando está oscuro,  
y de Dios cuentan la inmensidad  
las armonías de las estrellas,  
antes que pueda dormirme en paz,  
volverme debo con la mirada  
adonde entonces pienso que estás,  
y te bendigo, mientras te nombro?”*

*¿Por qué será?*

*“¿Duerme ahora?”, pienso, “o ¿ante la Virgen  
de su altarcito reza quizás?”*

*Porque si reza, lo ha prometido,  
a este ancianito no ha de olvidar.*

*¡Dios te proteja! Duerme tranquilo.*

*Si le das sueños, Ángel Guardián,  
dáselos de oro"... ¡Cómo en ti pienso!  
¡Por qué será?*

*"Cuando rendido, me duermo al cabo,  
si acaso entonces llego a soñar,  
¿sabes qué imagen se me presenta?  
Una que tiene tu misma faz,  
tus mismos ojos y tus sonrisas,  
tu voz, tus pasos y tu ademán;  
y así hasta en sueños vivo contigo.  
¡Por qué será?*

*"¡Ah! ¡y cuántas veces a lo futuro  
quiero arrancarle lo que serás!...  
Y cuando pienso que el mundo es malo,  
maestro en artes de bien falaz,  
y que en sus lazos querrá envolverte,  
siempre a tu lado quisiera estar  
para guiarte, para escudarte...  
¡Por qué será?*

*"¡Ah! tú, que al centro de tus amores,  
a Jesús siempre fuiste leal,  
y en tu alma pura le preparabas  
de Dueño trono, de Dios altar;  
tú, que a la Virgen cual hijo amabas,  
¡nunca, nō, nunca malo serás!...  
Y ¡por qué entonces suspiro y temo?  
¡Por qué será?...*

*"¡Oh! Y ¡qué alegría cuando imagino  
que a tus estudios pones final!  
¡Y que el obispo te unge las manos,  
y que ya asciendes al sacro altar,  
y que predicas y abres el cielo  
a inmensas turbas que en torno están!...  
¡Si se me antoja que en ti revivo!...  
¡Por qué será?*

“Y díme: cuando lustros y lustros  
hayan corrido, ¿te acordarás  
del pobre anciano que ansió infundirte  
de sus saberes todo el caudal  
por que escalaras el Tabor santo,  
y aun, porque logres allá arribar,  
lo que le resta de vida diera?

¿Por qué será?

“¡No has de olvidarme, nó! ¡Yo tampoco,  
mientras respire, te he de olvidar!  
Hoy como a un hijo te amo y protejo  
con la más pura paternidad.  
¡Y como hoy, siempre! Y, ¡cuando muera,  
todas mis cosas tuyas serán!  
Y desde el cielo ¡seré más padre!

¿Por qué será?

“¿Lo ves, Juanito? Mi pensamiento  
de ti no logro nunca apartar  
ya a solas me halle, ya acompañado.  
¿Por qué será?”

¿Por qué ha de ser sino porque  
Don Calosso vió en Juanito,  
un hijo en quien puso toda  
su complacencia el Altísimo?

Por eso, cuando Juan falta,  
al anciano han sorprendido  
hablando con el ausente  
cual si estuviera allí mismo.

Y así ya no le parecen  
tan largas al viejecito  
las horas en las que lejos  
está de su casa el chico.

## 26. ¡Bienaventurados los pobres de espíritu!

**¡O**H! ¡Bienaventurado quien al oro no augea el corazón! Dios le reserva sus arcas eternales en la gloria, y lo acompaña próvido en la tierra.

*“¡Nó, nó, jamás! ¡Mil veces al dinero antepongo la paz de mi conciencia!”*

Así responde Juan a los que afirman que clara fué la voluntad postrera del capellán difunto de Murialdo:

*“¿Para qué, a punto de expirar, ordena que se te llame luego, y, ya sin habla, la llave de su escriño a ti te entrega con gestos que denotan claramente que a ti te dona lo que allí se encierra?”*

*“¿Y antes no había declarado acaso que él, como padre, toda tu carrera deseaba costear?... ¡Las seis mil liras bien tuyas son! ¡Te las dejó en herencia! Llévalas sin temor, que al sacerdocio, tu noble ideal, no llegarás sin ellas!”*

Y Bosco a tan amables abogados su inquebrantable decisión renueva:  
*“¡Jamás, jamás! ¡Mil veces al dinero antepongo la paz de mi conciencia!... No enunció Don Calosso expresamente que a mí las seis mil liras me cediera... Y si me llama Dios al sacerdocio, al sacerdocio llegaré sin ellas!”*

Y los buenos vecinos refunfuñan  
cuando Juanito del escriño entrega  
la llave a los parientes del finado  
que a repartirse lo de Bosco llegan.



Llora el muchacho al bienhechor querido  
con hondo amor filial... Cuando le deja  
a la sombra de paz del campo santo  
y torna a Bequi, vivo se lo lleva  
dentro del corazón, y el tierno culto  
de perdurable gratitud le presta,  
y le llora y bendice cada día  
cuando de Dios la eterna paz le impetra.

Cuando surgen obstáculos, y duda  
si de su sueño alcanzará la meta,  
tal vez recuerda un cofre y una llave  
que le están reprochando su torpeza.  
Pero pronto parécele que escucha  
dentro del alma, en suavidad sedeña,  
una voz conocida, voz amada,  
que al anciano maestro le recuerda:  
"¡Oh! ¡Bienaventurado quien al oro  
no apega el corazón! ¡Dios le reserva  
sus arcas eternales en la gloria  
y le acompaña pródigo en la tierra!"

### ••• III. Con el sudor de su rostro. •••

#### 27. Estudiante, artista y menestral.

EN QUE JUAN se dé al estudio  
se ha empeñado Margarita.

Juan ya ha cumplido quince años,  
y el tiempo corre de prisa.

De Castelnuovo a la escuela  
irá Juan todos los días,  
y él hace gustoso cuanto  
Margarita determina.

Para ir a Castelnuovo,  
con sus idas y venidas,  
debe andar el jovencito  
cuatro leguas cada día.

Mas no le importa que truene,  
que llueva o haya ventisca;  
piensa que el estudio es vasto  
y que el tiempo huye de prisa.

Ni importa que de su edad  
o de su traje se rían,  
que él piensa que esos chicuelos  
pronto serán su conquista.

Ni importa si algún maestro  
le trata con injusticia,

o le mira con desdén,  
o ante los otros le humilla:

“¡Tú, de Bequi? ¡Bah! ¡No sabes  
que nunca en Bequi hubo cimas?  
¡Mejor que el libro, en tus manos  
un azadón estaría!...”

Pero el muchacho no ceja.  
Y su mente clara y fina  
acaba por asombrar  
con hazañas inauditas.

Y no es menor el asombro  
de los que su industria admiran  
para ganarse los cuartos  
con que sus gastos liquida.

Que ora está de recadero;  
ora una tienda vigila;  
ya lecciones le encomiendan  
que a algún muchacho repita;  
con un sastre ya trabaja;  
hoy maneja sierra o lima;  
mañana hará de barbero...  
Y en todo pondrá maestría.

Ama la música: canta  
con voz dulce y expresiva;  
sale en el violín muy diestro,  
y pronto llega a organista.

A trueque de tantas artes,  
le aseguran la comida  
y el hueco de una escalera;  
donde poner su yacifa,

que es un puñado de pajas  
para las noches más frías;  
y no falta quien le pague  
con una prenda raída.



A veces llega a sus manos  
la bendición de una lira,  
con que tendrá para libros,  
cuadernos, plumas y tinta,  
y acaso para algún chisme,  
con que a los chicos cautiva,  
tras las sagradas funciones,  
su celestial juglaría.

Así prosigue estudiando,  
con gozo de Margarita,  
que también la cuota allega  
de su labor campesina.

¡Oh! En tanto que Juan las aulas  
así frecuentando siga,  
¡no importa vuelen sus años,  
y el tiempo corra de prisa!

## 28. Divino antojo:

Sínite párvulos venire ad me.

¡MADRE!— exclama el niño un día que a verlo la viuda de Bequi llega a Castelnuovo.

—¡Ah, una pena tienes! Dísela a tu madre.

—Sí, madre: una pena, un pesar muy hondo: A veces me encuentro con el señor Cura, que por esas calles anda lento y solo. Con cariño entonces le doy mi saludo; pero, madre, ¡apenas que me mire logro!

—Pues, ¡qué quieres, hijo?

—Que sonría, madre; que me diga al menos: “¡Cómo te va, Bosco?” Pero no: se aleja. ¡Y cuánto yo anhelo con el señor Cura conversar un poco!

—Pero considera que los sacerdotes tienen mil quehaceres, importantes todos. ¡Cómo se te ocurre que gastar su tiempo con chiquillos puedan?

—Eso Don Calosso no lo pensó nunca: era yo un chiquillo y trató conmigo ¡cuánto, madre, y cómo! ¡Es mucho pararse, siquiera un minuto, y al que le saluda responder garboso?

—Es que prisa llevan por graves empeños.

—Pero ¡qué! y los chicos ¿de su grey no somos?

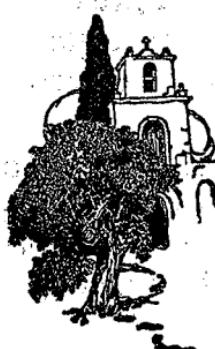
—Sí; mas, te repito que con los rapaces  
malgastar no pueden su tiempo precioso.

—¡Ah, madre! ¡Y su tiempo Jesús malgastaba  
de niños hebreos en medio de un corro?  
Y cuando alejarlos quieren los Apóstoles,  
“Dejadlos”, les dice, casi con enojo;  
“dejad que a Mí lleguen esos pequeñuelos,  
pues sabed que es de ellos mi reino glorioso”.

—Confieso que no andas muy descaminado;  
pero ¿cómo a eso remediaras, cómo?

—¡Verá usted! Si un día llego a sacerdote,  
a los pobres niños me entregaré todo;  
charlaré con ellos; viviré su vida;  
ni me verán nunca con señudo rostro.  
Y también con ellos, sonriendo y cantando,  
subiré a la patria del eterno gozo.

—¡Dios quiera que puedas, hijo de mi vida,  
realizar un día tu divino antojo!



## 29. Chieri.

EN EL AÑO treinta y uno,  
casi al nacer de noviembre,  
a la vera de su madre  
marcha Juan con rumbo a Chieri;

al hombro dos sacos lleva  
de granos, ropa y papeles;  
y la madre, otros dos sacos  
con que pagará su albergue.

Va a Chieri, ciudad risueña,  
que en breve espacio se yergue  
al pie de suaves colinas,  
y escuelas públicas tiene.

Allí a más serios estudios,  
que Castelnuovo no ofrece,  
va a consagrarse sus afanes  
el heroico adolescente.

Pero ¡ay del humilde aldeano  
que por vez primera llegue  
de su apacible lugar  
a población como Chieri!

Chieri, que aunque provinciana,  
siente quemarse en la fiebre  
de inquietudes y gozares,  
que a Turín vecina enciende;

Chieri, la de las cien torres,  
orgullo de piamonenses  
por sus calles y mercados  
y el hervor de sus talleres;

ciudad de macizos templos,  
que la piedad embellece,  
y de mansiones arcaicas  
de blasonados dinteles;

ciudad, en que andan mezclados  
hombres de iglesia y de leyes,  
negociantes, menestrales,  
soldados y bachilleres;

y en que también hay ociosos,  
malhablados y soeces,  
y no faltan los que acechan  
a los que del campo vienen.

¡Ay del aldeano que, incauto,  
sutiles artes no advierte  
y de la ciudad sirena  
cae en las floridas redes!

Pero Juan va con la madre,  
que, amorosa, lo previene,  
y, además, un noble instinto  
de alta estirpe lo protege.

Cual si de Chieri las cosas  
bien de antiguo conociese,  
marcha y no asoma a los ojos  
el alma a ver brillanteces.

Y sólo cuando la madre  
—Mira, Juan —le dice — es este  
el Seminario—, el mancebo  
un instante se detiene  
a admirar la grave mole  
que ha soñado tantas veces,  
y musita: —¡Señor! ¡cuándo  
veré abrírseme este albergue?—

\* \* \*

Poco después ambos llegan  
adonde Juan será huésped:  
la casa en que va a prestar  
de criado humildes quehaceres.

La dueña, en cambio, el sustento  
a darle se compromete,  
con tal que también por su hijo,  
que estudia en Chieri, Juan vele.

Margarita, que a la dueña  
los sacos de grano ofrece,  
por Juan le dice: —Confío  
que no os dé disgustos este.—

Y se torna commovida  
porque otra vez su hijo pierde;  
mas, pues él gana en estudio,  
se va con el alma alegre.

### 30. Vox populi.

JUNTO a la puerta del templo  
de la Virgen de la Escala,  
aguarda de hombres un corro  
la tercera campanada.

Conversan de un jovencito  
que el sagrado umbral acaba  
de trasponer con un grupo  
de chicos que le acompañan.

—¿Quién es ese? — pregunta alguien,  
a quien asombra la estampa.

—Es un muchacho de Bequi  
que llegó hace tres semanas.

—¿Y los que le siguen?

—Son

pilletes, lindas alhajas  
de la calle, de la escuela;  
el nublado de las casas.

Pues, con ellos se ha metido  
Bosco, que así se lo llama,  
y Bosco de ellos consigue  
cuanto le da la real gana.

—¡Es raro!

—Hace pocos días  
¿quién por él un higo daba?  
Y hoy en Chieri, como rey  
de niños y mozos, manda.

—¿Quieres comprobarlo? Asómate  
a esa puerta; ve la traza  
de esos granujas, y díños  
qué maravilla a esa iguala.—

Y mete aquel la cabeza  
y, tras buen rato, la saca  
haciéndose grandes cruces,  
exclamando: —¡Si esto es magia!  
Más que pillastres, parecen  
de graves monjes estatuas.  
¡Singular!

—De Bosco es esa  
una de tantas hazañas.

—¿Y qué hace en Chieri?

—Frecuenta  
de gramática las aulas.

—Mas, ¿no decís que es de Bequi?  
¿Algo de Bequi se aguarda?

—Es lo cierto, amigo Carlos,  
que el de Bequi quince y raya  
les va dando a los de Chieri:  
siempre es de Bosco la palma.

—Mi sobrino está en su curso,  
y anteayer me declaraba  
que es una luz ese chico,  
que no halla difícil nada.

—¡Si repite las lecciones  
a sus compañeros de aula!

—¡Si el que al profesor no entiende,  
con Bosco todo lo aclara!

—¡Si hasta alumnos de otros cursos  
superiores, verbigracia  
el hijo de la Lucía,  
acuden a su enseñanza!

—Y es lo más raro que Bosco  
sólo en la escuela consagra  
a sus estudios el tiempo;  
y, fuera de ella, trabaja.

—Y el profesor no se explica  
cómo a todo satisfaga,  
aunque tal vez en sus cosas  
de misterio hay circunstancias,  
como cuando en dos minutos  
la versión latina acaba,  
y al más listo de los otros  
ni le basta una mañana.

—¡Y cuando en un tomo griego,  
sin que al pronto lo notaran,  
leyó y tradujo pasajes  
de la *Guerra de las Galias*?

—A este paso, amigo, Bequi  
ha de llevarles ventaja  
a más de cuatro.

—Me explico  
cómo a todos se los gana.

—Y más, si vieras las artes  
con que en las fiestas encanta  
a niños, mozos y viejos

tras las funciones sagradas.  
 Hay que verlo hacer piruetas,  
 juegos de mano, acrobacia.  
 —¡Y los sermones que endilga!  
 —¡Y las coplitas que canta!  
 —Las madres, si sus retoños  
 están con Bosco, descansan,  
 pues de fijo volverán  
 menos pícaros a casa.  
 Donde él está, las camorras  
 pronto en amistad acaban,  
 ni paño cortan las lenguas,  
 ni corren subidas chanzas.  
 —Hay vez que va con los chicos  
 a recorrer la campaña,  
 o aun con piedad de romeros  
 lléganse a ermita lejana...—

\* \* \*

En esto, en la torre suena  
 la tercera campanada,  
 y entran todos en el templo  
 de la Virgen de la Escala.



## 31. Primer club deportivo.

LA JUVENTUD de Chieri  
comenta la noticia:  
el de Bequi les sale  
con otra iniciativa:  
de constituir acaba  
el *Club de la Alegría*.

Es para cuantos quieran  
vivir feliz su vida.  
Sus miembros solamente  
a combatir se obligan  
las sombras y horas lentas  
de la melancolía.

Por eso, ya son muchos  
los que en el *Club* se alistan,  
que acaso es la primera  
sociedad deportiva.

Todos claman a una  
que Bosco los presida,  
y Bosco los arenga  
con su palabra viva:

“El Libro Santo, amigos,  
 “impone la alegría;  
 “Dios dice allí: SERVITE  
 “DOMINO IN LAETITIA!

“A Dios obedezcamos,  
 “y el SERVITE IN LAETITIA  
 “DOMINO siempre sea  
 “de hoy más nuestra divisa:

“Vivir alegres siempre,  
 “sin rencores ni envidias;  
 “alegrar de mil modos  
 “del prójimo los días;  
 “emplear cuanto divierta:  
 “pullas inofensivas,  
 “saltos, carreras, cantos,  
 “historias peregrinas,  
 “risueñas excursiones  
 “por pueblos y canas.  
 “a históricos santuarios  
 “devotas romerías;  
 “¡siempre caras de pascua,  
 “de aleluya, de risa!;  
 “¡lejos, las de vaqueta,  
 “las de hoscas estantiguas,  
 “las de pocos amigos,  
 “las que dolo cobijan!

“Y, pues no hay hora alegre  
 “sin conciencia tranquila,

“¡guerra a cuanto la enturbia,  
desagrada e irrita!

“La culpa es amargura,  
y del alma es espina;  
luego, quien miembro sea  
del CLUB DE LA ALEGRÍA,  
¡guerra declare a cuanto  
de un cristiano desdiga;  
y, como bueno, cumpla  
cuanto el deber le exija  
para Dios y la escuela,  
que en ello está la cifra  
del código bendito  
del CLUB DE LA ALEGRÍA!”

Y la feliz arenga  
con estruendosos vivas  
subraya la de Chieri  
bizarra mocería,  
que, bulliciosa, luego  
al presidente obliga  
a recorrer en triunfo  
de la ciudad las vías.

Y la ciudad aplaude  
la clara iniciativa,  
y mil madres bendicen  
el CLUB DE LA ALEGRÍA.

## 32. Por Dios y por el gremio.

### EL RETO

**¡T**EMERIDAD parece que haya el guante  
recogido el de Bequi! Es, sí, muy diestro;  
pero es atleta su émulo, de fama,  
que no tan fácil cederále el cetro.

Mas ¿qué cristiano tolerar podía  
que de intento el histrión para sus juegos  
la hora eligiese en que el sagrado bronce  
llama la gente al templo?

A cortés advertencia  
le contestó con mofa el forastero,  
y con burla, además, empañó el nombre  
del gremio estudiantil; y este a Juan luego  
la humillación del burlador le fía.  
Si este pierde, de allí se marcha lejos  
dejando al ganador bonita suma.

\*\*\*

Ya en el lugar del concertado encuentro  
enorme muchedumbre  
se apiña entre murmullos de avispero.  
De uno y otro rival habilidades  
y hazañas se refieren en cotejo;  
se conciernen apuestas;  
hay quien del vencedor pondera el premio  
fijado en veinte liras, que los socios

del Club de la Alegría ya reunieron  
por su adalid, a quien no sobran liras...

De pronto un clamoreo  
anuncia que se acercan los campeones  
seguidos de larguísimo cortejo  
de golfos bulliciosos.  
Solemnés, en su puesto  
prontos a dar del caso las señales,  
aparecen los árbitros del reto.

### LA CARRERA

"¡Atención!" Va a iniciarse  
la esperada carrera  
por la calle que hirviente  
la multitud bordea.

"¡Bosco! ¡Por nuestro nombre!"  
los amigos vocean.  
"¡Por el de Dios, primero!"  
el jovencito piensa.

Sonriente entrega a un chico  
la gorra y la chaqueta,  
y, como el Cid a punto  
de entrar en la pelea,  
*la cara se santigua*  
(aunque el rival con befa  
por ello se sonría;  
así Goliat desprecia  
al pastorcillo inerme)  
y la señal espera...

"¡Uno!... ¡Dos!... ¡Tres!..." se oye,  
y a correr juntos echan

los dos. Por un instante  
corren a las parejas;  
mas pronto se adelanta  
el poderoso atleta,  
y siete u ocho pasos  
al joven ya le lleva.

¡No importa! Este ya ha intuído  
de su émulo la fuerza  
y, de sus pies seguro,  
que se distancie deja.  
Mas luego, poco a poco,  
sereno, el paso aprieta  
y del que va delante  
cada vez más abrevia  
la ventaja; al segundo  
ya Bosco se le acerca  
tanto, que advierte cómo  
sudoroso jadea;  
y al cabo de otro instante  
al lado se le allega,  
lo mira, lo saluda  
con donairosa mueca,  
y sin más me lo pasa,  
y así atrás me lo deja,  
que el pobre saltimbanco,  
que no previó la treta  
y tiene ya agotadas  
sus últimas reservas,  
viendo que veinte pasos  
ya el muchacho le lleva  
y que para alcanzarlo  
ya no le dan las fuerzas,  
se detiene, y declara  
perdida su carrera.  
¡Oh! ¡Quién dirá el delirio  
con que la turba inmensa  
la espléndida victoria  
de su campeón celebra!

Y él, como el Cid *caboso*  
 después de la pelea,  
 mostrar a la *Gloriosa*  
 su gratitud proyecta.



### EL SALTO

“¡Bien!” exclama el vencido. “¡Saltemos,  
 que en el salto vencerte confío!  
 Y a cuarenta liras la apuesta subamos”.

El mismo del salto va a escoger el sitio.  
 Con Bosco le sigue la turba curiosa  
 hasta el punto en que aquel: “Esto elijo”  
 con acento de triunfo profiere  
 en la orilla de arroyo crecido.  
 Y no ha de ser fácil llegar a la otra,  
 donde hay muy angosta faja de camino,

porque allí de un puente el pretil se eleva  
de las aguas turbias casi al borde mismo.

Salta el hombre que reta, el primero  
y hace pie con magnífico brinco  
cabe el muro y, dando contra él, rechazado  
casi se iba al agua si a un árbol vecino  
con hábil maniobra las manos no echara.



¿Qué más podrá ahora el estudiantillo?  
Él también ya vuela hacia la otra orilla  
y asienta las plantas en el propio sitio  
que su contrincante; pero ¡ved su ingenio!  
Sobre el bajo muro, como en un estribo,  
apoyando las manos, da impulso  
súbito a su cuerpo, que asciende agilísimo  
y en segundo salto sobre el pretil queda,  
y a su árbol abajo sigue el otro asido...

Con estruendo de aplausos y vivas  
la nueva victoria proclamó el gentío.

## LA VARILLA ANDARIEGA

No se rinde todavía el forastero.  
 Lo espolea la esperanza  
 de lograr la reconquista de sus liras.  
 Por eso, le oyen que exclama:  
 "¡Otra apuesta! ¡Ochenta liras! ¡Ea, elige  
 el juego que más te plazca  
 entre todos los de manos que conozcas!"



"¡La vara la vara que anda!"  
 le insinúan los amigos al muchacho;  
 "¡verás cuál de nuevo ganas!".

Y otra vez a los amigos Juan complace  
 e intima: "¡Venga una vara!"  
 Se la dan; con un sombrero la corona,  
 y así la instala en su palma,  
 donde erguida, sin sostén, queda un buen rato  
 hasta que le ordena "¡Viaja!"

Obediente ella, a la yema del meñique  
 se desliza sin tardanza;  
 del meñique al anular en limpio brinco,  
 y después al cordial pasa,  
 y del cordial vuela al índice, de donde  
 al pulgar segura salta,  
 y, después de pasearse por el dorso,  
 sube al codo y a la espalda,  
 y de allí trepa a la misma coronilla,  
 y da en la frente una danza,  
 va al carrillo y, tras en el mentón menearse,  
 en la nariz se encarama  
 y, siempre ágil, desde allí desciende y toda  
 la senda anterior desanda,  
 y al fin llega de partida al punto mismo  
 de Juan la mágica vara.  
 ¡Con qué gritos vitoreó la muchedumbre  
 de su benjamín la hazaña!

"¡Y ahora, a mí!" clama el acróbata avezado.  
 "De este chico no es escasa  
 la destreza, a la verdad; mas de los juegos  
 mi preferido es la vara.  
 ¡Va una prueba!" Y, al decir esto, la empina  
 en el centro de su palma,  
 y repite los primores del de Bequi  
 y otros más que a todos pasman  
 por lo ágil y lo limpio de los pasos.  
 Ya la gente lo declara  
 vencedor en estas artes malabares,  
 cuando aciaga circunstancia  
 otra vez de gloria y liras lo despoja:  
 su nariz, que es asaz larga,  
 le es fatal, porque al chocar la vara en ella  
 el equilibrio le falta,  
 y aferrarla debe el pobre con la mano  
 para que al suelo no caiga.

¡Infeliz, que a vista ya del propio puerto  
mira zozobrar su barca!

No son pocos los que al triste compadecen,  
pues se ve que está de malas.

Bosco mismo lo deplora, pero opina  
que es Dios quien la mano carga  
en el triste que alardeó de menosprecio  
por la Iglesia y cosas santas.

#### LA TREPA DEL OLMO

¡Qué hará ahora el saltimbanco?

¡Ha de aguantar el bochorno  
de que imberbe estudiantillo  
le ha hecho morder el polvo?

¡Eso nunca!

Otra vez suena  
su acento, de airado, ronco:  
"¡Apuesto cuanto aquí tengo:  
las cien liras de este bolso!  
¡Cien liras, al que más alto  
se eleve en ese olmo!"

A pocos pasos aguarda  
tan alto el árbol airoso,  
que con su punta parece  
tocara del cielo el dombo.

La brigada estudiantil  
de nuevo le ruega a Bosco  
recoja el guante, y de nuevo  
a lidiar Bosco está pronto.  
Se inclina el olmo a mirar  
cómo trepa por su tronco  
con agilidad felina  
el atleta musculoso.  
Le sigue la multitud,

con vivo pasmo en los ojos,  
siempre más alto, hasta donde  
tanto se adelgaza el tronco,  
que cimbra del hombre al peso,  
y se inclina a un lado y otro,  
tal que uno cree debiera  
ya al suelo venirse roto.

Allí se pára el osado,  
donde a su cabeza sólo  
tres cuartas exigüas faltan  
para igualar la del olmo.

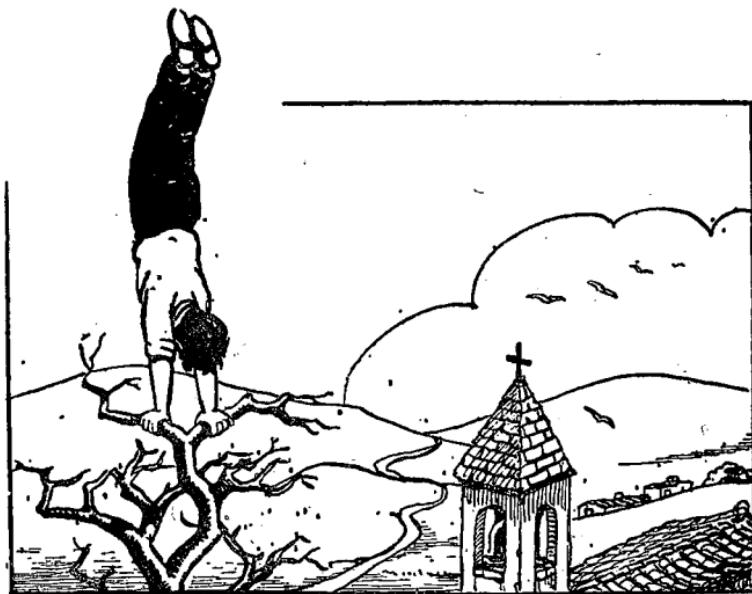
Con razón la gente aplaude  
y afirma que esta vez Bosco  
el lance pierde al seguro  
con las monedas del bolso,  
y que esta vez los de Chieri  
quedarán con el bochorno.  
Ahora sí, mientras desciende  
con la agilidad de un mono,  
saborea el forastero  
de imperdible triunfo el gozo.

Pero parece que el chico  
no piensa lo mismo. Al olmo  
se ha acercado. Lo acaricia,  
cual diciendo: "Amigos somos;  
en ti espero". Se dibuja  
tenue sonrisa en su rostro.  
Mira arriba. ¡Acaso, un rezó?  
¡O es que, si nó, con los ojos  
mide la altura?

¡Oh, miradlo  
cuál ya asciende por el tronco!  
Y, cual si nada, el camino  
va recorriendo del otro,  
y de rama en rama sube  
y sube siempre.

El asombro  
va dominando al concurso.

“¡Bien, bien!” gritan los consocios  
de su *Club de la Alegría*,  
y él tal vez gesto gracioso  
les hace desde la altura,



y no pára, y trepa el mozo  
siempre más alto, más alto,  
y se detiene do el otro...  
¡Y no hay más, no hay más que hacer!  
“No vence así” dicen todos.

Mas ¡ved lo que hace el diablejo!  
Calcula que aquello es sólido  
para su peso; se aferra  
al leño a lo alto de su hombro  
y, rígido el cuerpo, aparta  
siempre más los pies del tronco,  
y horizontal pone el cuerpo  
con espeluznante arrojo,  
y luego lo va elevando

de sus manos lento en torno  
hasta quedar boca abajo,  
¡tremenda audacia del mozo!,  
mientras enhiestos sus pies  
pasan la punta del olmo.

Al angustioso momento  
del alarde audaz y loco,  
sigue recio frenesí  
de universal alborozo,  
mientras desciende el muchacho,  
y el Goliat con su bochorno  
entrega al David de Chieri,  
como cabeza, su bolso.

### EPÍLOGO

Los muchachos de Chiéri generosos  
con su adalid de acuerdo,  
del derrotado acróbata la ruina  
resuelven impedir, y dícenle esto:  
—Si esta noche nos pagas una cena,  
te restituimos todo tu dinero.—  
Y él responde: —Sí, sí; ¡de mil amores!  
—Y de Chieri después te marchas lejos.  
—Sí, sí; me iré; lo tengo prometido.  
Tan fina caridad os agradezco.  
Ya no despreciaré a los estudiantes,  
ni en juegos nunca apostaré con ellos,  
ni se oirá mi trompeta  
cuando el bronce de Dios invita al templo...—

\* \* \*

Juan Bosco y sus amigos otro día  
iban con el fervor de los romeros  
a agradecer favores maternales  
a un templo de la Reina de los Cielos  
Lo mismo el Cid obraba  
después que derrotaba al sarraceno.

### 33. En defensa del amigo.

**N**INGUNO entre sus amigos,  
como el ángel que es Comollo:  
flor de Dios, violeta, rosa,  
lirio, entre humanos abrojos.

Parece, al verlos, que el cielo  
lo hizo al uno para el otro.  
De David y Jonatás  
hacan creer en el retorno.

Santo es Comollo, mas grácil  
y no gusta de alborotos;  
robusto, en cambio, y amigo  
de alegres juntas es Bosco.

\* \* \*

Hoy un grupo de estudiantes,  
que están en el aula solos,  
travesean y pretenden  
que participe Comollo.

Este, que estudia, se niega,  
y uno entonces de los otros  
lo insulta y con dos reveses  
le cruza sin más el rostro.

Juan, que aparece en tal punto,  
 mira el ingrato episodio  
 e, hirviendo, se echa al indigno,  
 como un león por sus cachorros.

¡Va a ser la de san Quintín,  
 porque intervienen los otros  
 en defensa del felón  
 contra el embate de Bosco!

Mas este, con brío hercúleo,  
 ase a uno de los hombros  
 y, cual si fuera una caña,  
 sobre su cabeza en torno  
 lo revolea, atacando  
 con sus pies a todo el corro.  
 ¡No hay parar! Ya a aquella furia  
 cuatro han caído redondos;  
 nada le resiste. En breve  
 al suelo rodaran todos,  
 si no huyesen por la puerta  
 con infernal alboroto.

Bedeles y profesores  
 al ruido acuden de pronto,  
 y del campo de Agramante  
 cual dueño ha quedado Bosco.

¡Cómo jamás pudo un aula  
 trocarse en revuelto coso?  
 De ese templo del saber  
 ¡ay del que violó el decoro!

Se instruye el juicio sumario  
 y al fin, en claro el embrollo,  
 falla el Rector se repita  
 el espectáculo todo,  
 de profesores y alumnos  
 para diversión y asombro,  
 aunque a los provocadores  
 la sentencia agrade poco...

\* \* \*

Apenas los dos amigos  
 pudieron hallarse solos,  
 exclamó Comollo: “*Eres*  
 “*de alma generosa, Bosco!*  
 “*Pero esa fuerza que asombra*  
 “*¡ay! no para hacer destrozos*  
 “*te la dió el Señor. Debemos*  
 “*amarnos unos a otros,*  
 “*perdonarnos fácilmente*  
 “*y, por los fieros enojos*  
 “*de los que nos miran mal,*  
 “*dar bondades en retorno*”.

Juan oye la voz de Dios  
 por los labios de Comollo;  
 y la suavidad del uno  
 templa los fuegos del otro.



LAS PRENSAS  
DE LOS  
TALLERES GRÁFICOS  
DEL COLEGIO "PÍO IX"  
(ADOLFO BERRO, 4050  
BUENOS AIRES)  
ENTREGARON  
A LA  
SOCIEDAD EDITORA INTERNACIONAL  
ESTA PRIMERA PARTE  
DEL  
ROMANCERO DOMBOSCANO  
"CAMINOS DE JUGLARÍA"  
—ESCRITA EN HOMENAJE AL CENTENARIO  
DE LA CREACIÓN DE LA PRIMERA OBRA DE  
SAN JUAN BOSCO:  
EL ORATORIO FESTIVO—  
A XX DÍAS DEL MES DE OCTUBRE DEL AÑO DE MCMXLI.

D. M. A. C. T.

# Indice

*Ofrenda* ..... 7

## I. AL CALOR DEL HOGAR.

1. Plegaria de la Asunción .....	11
2. La flor de Bequi .....	15
3. La canción de Margarita .....	21
4. Roble abatido .....	24
5. Orfandad. ....	27
6. El primer libro .....	29
7. Bucólica .....	31
8. Gajes del mester: una corona .....	34
9. Por el ideal .....	36
10. Subyugador .....	38
11. Ruiſeñores y niños .....	41
12. Velada de otoño .....	44
13. ¿Vuelven los juglares? .....	52
14. Divino florecer .....	57
15. Albores de esperanza .....	60
16. Luces y sombras .....	66

## II. PEREGRINO Y GAÑÁN.

17. ¡Solo, a la ventura! .....	69
18. Como Jacob .....	73
19. ¿Vagabundo o mendigo? .....	76
20. El cáliz del ensueño .....	79
21. La bendición de la granja .....	83
22. Amigo predilecto .....	86
23. El retorno. ....	90
24. Vía Crucis .....	92
25. Maestro y padre .....	94
26. ¡Bienaventurados los pobres de espíritu! .....	99

## III. CON EL SUDOR DE SU ROSTRO.

27. Estudiante, artista y menestral .....	101
28. Divino antojo; "Sinite párvulos venire ad Me" .....	104
29. Chieri .....	106
30. Vox populi .....	109
31. Primer club deportivo .....	113
32. Por Dios y por el gremio .....	116
El reto .....	116
La carrera .....	117
El salto .....	119
La trepa del olmo .....	121
Epílogo .....	123
33. En defensa del amigo .....	126

SIGUE LA SEGUNDA PARTE DEL ROMANCERO DOMBÓSCANO  
 "EMPRESAS DE CLERECIA"